

MEMORIAS
DE LA
ACADEMIA MEXICANA DE LA LENGUA

MEMORIAS
DE LA
ACADEMIA MEXICANA DE LA LENGUA

TOMO XXVII
[1997-1999]

ACADÉMICA

DISCURSOS DE INGRESO

HOMENAJES

TRABAJOS DIVERSOS LEÍDOS
EN SESIONES ORDINARIAS

APÉNDICE

MÉXICO, 2004

México, 2004

Derechos reservados © Academia Mexicana de la Lengua
Liverpool 76, 06600 México D. F.

La Academia Mexicana de la Lengua se reúne en sesión privada los segundos
y cuartos jueves de cada mes, de las 17:30 a las 20:00 horas

Teléfono: 52 (55) 52-08-25-26

Correo electrónico: academia@academia.org.mx

ACADEMIA MEXICANA DE LA LENGUA
[1997]

Director: José Luis Martínez

Secretario perpetuo: Manuel Alcalá

Censor: José G. Moreno de Alba

Bibliotecario: Andrés Henestrosa

Tesorero: Alí Chumacero

Miguel León-Portilla

Ernesto de la Torre Villar

Silvio Zavala

Salvador Elizondo

José Pascual Buxó

Clementina Díaz y de Ovando

Tarsicio Herrera Zapién

Carlos Montemayor

Arturo Azuela

Fernando Salmerón

Gabriel Zaid

Leopoldo Solís

Ruy Pérez Tamayo

Héctor Azar

José Rogelio Álvarez

Guido Gómez de Silva

Eulalio Ferrer Rodríguez

Ernesto de la Peña

Margit Frenk

Ramón Xirau

Luis Astey

Salvador Díaz Cántora

Esteban Julio Palomera Quiroz

Gonzalo Celorio

Margo Glantz

Enrique Cárdenas de la Peña

Electos:

Jaime Labastida

Mauricio Beuchot

ACADEMIA MEXICANA DE LA LENGUA
[1999]

Director: José Luis Martínez

Secretario perpetuo: Manuel Alcalá

Secretario perpetuo: Tarsicio Herrera Zapién

Censor: José G. Moreno de Alba

Bibliotecario: Andrés Henestrosa

Tesorero: Alí Chumacero

Miguel León-Portilla

Ernesto de la Torre Villar

Silvio Zavala

Salvador Elizondo

José Pascual Buxó

Clementina Díaz y de Ovando

Carlos Montemayor

Arturo Azuela

Gabriel Zaid

Leopoldo Solís

Ruy Pérez Tamayo

Héctor Azar

José Rogelio Álvarez

Guido Gómez de Silva

Eulalio Ferrer Rodríguez

Ernesto de la Peña

Margit Frenk

Ramón Xirau

Salvador Díaz Cíntora

Gonzalo Celorio

Margo Glantz

Enrique Cárdenas de la Peña

Jaime Labastida

Mauricio Beuchot

Gustavo Couttolenc

Electo:

Elías Trabulse

ÍNDICE

ACADÉMICA

Vida académica 1997-1999	13
Académicos electos, 13; Discursos de ingreso de académicos numerarios, 14; Correspondientes mexicanos, 14; Correspondientes extranjeros, 14; Fallecimientos, 15; Sesiones de homenaje, 15; Trabajos diversos leídos en sesiones ordinarias, 16; Un manuscrito de Federico Gamboa, 17.	

DISCURSOS DE INGRESO

<i>Tríptico de entrada</i> , Enrique Cárdenas de la Peña	21
<i>Respuesta al discurso anterior</i> , Ernesto de la Peña	42
<i>Filosofía y poesía</i> , Jaime Labastida	45
<i>Respuesta al discurso anterior</i> , José G. Moreno de Alba	58
<i>La filosofía y el lenguaje en la historia</i> , Mauricio Beuchot	65
<i>Respuesta al discurso anterior</i> , Ramón Xirau	83
<i>Canteras entre tierra y cielo. D. Octaviano y Tembleque</i> , Gustavo Couttolenc Cortés	86
<i>Respuesta al discurso anterior</i> , Tarsicio Herrera Zapién	105

HOMENAJES

A la memoria de sus miembros de número

<i>Edmundo O'Gorman y la literatura</i> , Gonzalo Celorio	123
<i>Recordación de Roberto Moreno y de los Arcos</i> , Miguel León-Portilla	130

<i>Fernando Salmerón: in memoriam</i> , Ruy Pérez Tamayo	138
<i>El padre Palomera, historiador amable y minucioso</i> , Tarsicio Herrera Zapién	146
<i>Homenaje a Luis Astey, in memoriam</i> , Mauricio Beuchot	159

Cincuenta años de Al filo del agua

<i>Una primera lectura Al filo del agua</i> , Arturo Azuela	165
<i>Primera aproximación. Medio siglo de Al filo del agua</i> , Arturo Azuela.....	170
<i>Al filo del agua</i> , José Rogelio Álvarez	174
<i>En el cincuentenario de Al filo del agua</i> , José Luis Martínez	179

El centenario de la Generación del 98.

Sesión conjunta con la Academia Nacional de Medicina

<i>Sinopsis biográfico-poética de Federico García Lorca</i> , Enrique Cárdenas de la Peña	192
---	-----

En el cincuentenario luctuoso de Federico Escobedo.

Sesión celebrada en Salvatierra, Guanajuato

<i>La magistral versión de Escobedo a Landívar</i> , Gustavo Couttolenc Cortés.....	207
<i>El árcade salvaterrense traduce al rey de los poetas (o: Escobedo traduce al regio Horacio)</i> , Tarsicio Herrera Zapién.....	223

TRABAJOS DIVERSOS LEÍDOS EN SESIONES ORDINARIAS

<i>Pushkin, el primer calumniador. Su Mozart y Salieri</i> , Tarsicio Herrera Zapién	245
<i>Gramática del color</i> , Eulalio Ferrer Rodríguez	257

<i>Los navegantes portugueses (siglos XVI y XVII)</i> , Arturo Azuela	274
<i>Ilustrísimo señor Hernán Cortés</i> , Salvador Díaz Cíntora	283
<i>La glotocronología y el descubrimiento del indoeuropeo</i> , Guido Gómez de Silva	296
<i>Estética y analogía</i> , Mauricio Beuchot	302
<i>¿Tres soluciones al problema de Hume?</i> , Ruy Pérez Tamayo	315
<i>La oralidad y la escritura / La oralidad en la escritura</i> , Margit Frenk	331
<i>El Quijote lee a Kant, Hegel, Freud y Lacan</i> , Jaime Labastida.....	348
<i>Fray Juan de la Copea, boceto de hagiografía colonial</i> , por Salvador Díaz Cíntora	366
<i>Horacio y Ovidio en el Dorian Gray de Wilde</i> , Tarsicio Herrera Zapién	377
<i>El jeroglífico del sentimiento: la poesía amorosa de sor Juana</i> , Margot Glantz	394
<i>Un suspiro: la trama de José Luis Martínez en la Academia Mexicana</i> , Enrique Cárdenas de la Peña.....	409
<i>Notas sobre el español mexicano en Los relámpagos de agosto de Jorge Ibargüengoitia</i> , José G. Moreno de Alba	426
<i>A propósito de unas elegías de Octaviano Valdés</i> , Gustavo Couttolenc Cortés	436
<i>El encantador divino (una loa y un autor novohispano del siglo XVIII)</i> , José Pascual Buxó	458

APÉNDICE

<i>Palabras al recibir el tomo II del manuscrito original de Mi diario. Intimidades, literatos y literatura, de Federico Gamboa</i> , José Luis Martínez	487
Índice onomástico	489

ACADÉMICA

VIDA ACADÉMICA 1997-1999

Durante los años que abarca este tomo xxvii (1997-1999), la Academia Mexicana de la Lengua realizó la elección de cinco miembros, organizó cuatro tomas de posesión de las respectivas sillas, eligió a dos académicos correspondientes mexicanos y tres extranjeros, hubo siete fallecimientos, se efectuaron dos sesiones de homenaje a ilustres académicos fallecidos; se celebró el cincuentenario de la novela *Al filo del agua* de Agustín Yáñez; se llevó a cabo una sesión conjunta con la Academia Nacional de Medicina; y otra más, celebrada en Salvatierra, Guanajuato, para conmemorar el cincuentenario luctuoso de don Federico Escobedo.

Se incluyen también aquí 16 trabajos leídos en diversas sesiones ordinarias.

ACADÉMICOS ELECTOS

Enrique Cárdenas de la Peña fue electo el 9 de enero de 1997. Ocupó la silla VI, en sustitución de Edmundo O'Gorman.

Jaime Labastida Ochoa fue electo el 13 de noviembre de 1997. Ocupó la silla XXVII, en la que sucedió a Antonio Gómez Robledo.

Mauricio Beuchot Puente fue electo el 27 de noviembre de 1997. Ocupó la silla XXXII, en la que sustituyó a Fernando Salmerón.

Gustavo Couttolenc Cortés fue electo el 14 de mayo de 1998. Ocupó la silla XXXVI, en sustitución de Luis Astey Vázquez.

Elías Trabulse fue electo el 12 de agosto de 1999 para ocupar la silla XXXIII, en sustitución de Roberto Moreno y de los Arcos.

DISCURSOS DE INGRESO DE ACADÉMICOS NUMERARIOS

Enrique Cárdenas de la Peña pronunció su discurso de ingreso el 15 de julio de 1997. Lo tituló “Tríptico de entrada”. Le contestó Ernesto de la Peña.

Jaime Labastida Ochoa pronunció su discurso de ingreso el 2 de abril de 1998. Lo tituló “Filosofía y poesía”. Le contestó José G. Moreno de Alba.

Mauricio Beuchot pronunció su discurso de ingreso el 21 de mayo de 1998. Le dio el título de “La filosofía y el lenguaje en la historia”. Le contestó Ramón Xirau.

Gustavo Couttolenc Cortés pronunció su discurso de ingreso el 27 de agosto de 1998. Le puso por título “Canteras entre tierra y cielo. Don Octaviano y Tembleque”. Le contestó Tarsicio Herrera Zapién.

CORRESPONDIENTES MEXICANOS

Sergio Pitol, con residencia en Xalapa, Veracruz. Fue nombrado el 23 de enero de 1997.

Rafael Montejano y Aguiñaga, con residencia en San Luis Potosí, S. L. P. Fue nombrado el 12 de febrero de 1998.

CORRESPONDIENTES EXTRANJEROS

Manuel Alvar, con residencia en Madrid, España. Fue nombrado el 24 de abril de 1997.

John Stubbs Brushwood, con residencia en Kansas City, en los Estados Unidos. Fue nombrado el 14 de agosto de 1997.

James Willis Robb, con residencia en Washington, D. C., en los Estados Unidos. Fue nombrado el 12 de febrero de 1998.

FALLECIMIENTOS

Académicos de número

Esteban Julio Palomera Quiroz, 3 de noviembre de 1997.

Luis Astey Vázquez, 30 de diciembre de 1997.

Manuel Alcalá, 7 de octubre de 1999.

Académicos correspondientes

Alejandro Topete del Valle, 25 de marzo de 1999.

Joaquín Antonio Peñalosa, 17 de noviembre de 1999.

Académicos honorarios

Octavio Paz, 19 de abril de 1998.

Gutierre Tibón, 15 de mayo de 1999.

SESIONES DE HOMENAJE

La Academia Mexicana celebró en el lapso de 1997 a 1999 cinco sesiones públicas.

La primera se verificó el 12 de febrero de 1997, a la memoria de Edmundo O’Gorman y de Roberto Moreno y de los Arcos, en la cual hablaron Gonzalo Celorio, con su trabajo titulado: “Edmundo O’Gorman y la literatura”; y Miguel León-Portilla, con su trabajo “Recordación de Roberto Moreno y de los Arcos”.

La segunda tuvo lugar el 12 de junio de 1997, en homenaje al antiguo director de la institución, Agustín Yáñez, en ocasión de los 50 años de publicada su novela *Al filo del agua*. Arturo Azuela leyó sus textos “*Al filo del agua*. Una primera lectura” y “Medio siglo de *Al filo*

del agua". José Rogelio Álvarez leyó su trabajo "*Al filo del agua*". Y José Luis Martínez leyó su ensayo "En el cincuentenario de *Al filo del agua*".

El 18 de junio de 1998 se efectuó un homenaje a Fernando Salmerón, a Esteban Julio Palomera Quiroz y a Luis Astey. En esa ocasión, Ruy Pérez Tamayo leyó sus textos "Fernando Salmerón *in memoriam*", "Fernando Salmerón", "Fernando Salmerón en la Academia Mexicana" y "Fernando Salmerón Roiz (1925-1997)"; Tarsicio Herrera Zapién leyó su ensayo "El padre Palomera, historiador amable y minucioso"; y Mauricio Beuchot leyó su texto "Homenaje a Luis Astey, *in memoriam*".

Con el título de *El centenario de la Generación del 98*, la Academia Mexicana celebró sesión conjunta con la Academia Nacional de Medicina, el 14 de agosto de 1998. Enrique Cárdenas de la Peña presentó su trabajo "Sinopsis biográfico-poética de Federico García Lorca".

El 12 de noviembre de 1999, en Salvatierra, Guanajuato, la Academia Mexicana participó en el homenaje a Federico Escobedo, fallecido hace medio siglo. Los oradores fueron Gustavo Couttolenc, quien pronunció su discurso "La magistral versión de Escobedo a Landívar", y Tarsicio Herrera Zapién, quien leyó su trabajo titulado "El árcade salvaterrense traduce al rey de los poetas (o: Escobedo traduce al regio Horacio)".

TRABAJOS DIVERSOS LEÍDOS EN SESIONES ORDINARIAS

Tarsicio Herrera Zapién leyó, el 16 de abril de 1998, su trabajo "Pushkin, el primer calumniador. Su *Mozart y Salieri*".

Eulalio Ferrer Rodríguez leyó, el 14 de mayo de 1998, su ensayo "Gramática del color".

Arturo Azuela leyó, el 28 de mayo de 1998, su texto "Los navegantes portugueses (siglos XVI y XVII)".

Salvador Díaz Cíntora leyó, en sesiones del 11 y del 25 de junio de 1998, su trabajo "Ilustrísimo señor Hernán Cortés".

Guido Gómez de Silva comentó el 25 de marzo de 1999 su ensayo no leído: "La glotocronología y el descubrimiento del indoeuropeo".

Mauricio Beuchot presentó el 22 de abril de 1999 su ensayo “Estética y analogía”.

Ruy Pérez Tamayo leyó, en la sesión del 13 de mayo de 1999, su ensayo “¿Tres soluciones al problema de Hume?”

Margit Frenk presentó el 27 de mayo de 1999 su ensayo “La oralidad y la escritura / La oralidad en la escritura”.

Jaime Labastida leyó el 24 de junio de 1999 su ensayo “El Quijote lee a Kant, Hegel, Freud y Lacan”.

Salvador Díaz Cíntora leyó el 8 de julio de 1999 su trabajo “Fray Juan de la Capea. Boceto de hagiografía colonial”.

Tarsicio Herrera Zapién leyó el 22 de julio de 1999 su ensayo “Horacio y Ovidio en el *Dorian Gray* de Wilde”.

Margo Glantz leyó el 12 de agosto de 1999 su trabajo “El jeroglífico del sentimiento: la poesía amorosa de sor Juana”.

Enrique Cárdenas de la Peña leyó el 26 de agosto de 1999 “Un suspiro: la trama de José Luis Martínez en la Academia Mexicana”.

José G. Moreno de Alba leyó el 9 de septiembre de 1999 su ensayo “Notas sobre el español mexicano en *Los relámpagos de agosto* de Jorge Ibargüengoitia”.

Gustavo Couttolenc leyó el 14 de octubre de 1999 su ensayo “A propósito de unas elegías de Octaviano Valdés”.

José Pascual Buxó leyó el 11 de noviembre de 1999 su texto “*El encantador divino* (una loa y un autor novohispano del siglo XVIII)”.

UN MANUSCRITO DE FEDERICO GAMBOA

El 25 de mayo de 1999, José Luis Martínez recibió de Alejandro Jiménez Martín del Campo el manuscrito original de *Mi diario*, de Federico Gamboa, con anotaciones correspondientes a los años 1894, 1895, 1896 y 1897 inclusive.

DISCURSOS DE INGRESO

TRÍPTICO DE ENTRADA *

ENRIQUE CÁRDENAS DE LA PEÑA

A mi padre, a mi hijo, a mi nieto: tres Enriques

Y cuando la poesía puede ser y no ser,
vaciado en los moldes del espíritu,
desencadena el remolino y el incendio
y halla al fin su cauce exterior en la voz humana:
adecuada consumación de una sustancia inapreciable.

DORA ISELA RUSSELL, *La poesía, oficio secular*

¿Y la poesía? Palabras y palabras y palabras no desentrañarían
el inmenso caracol de su imagen.

FERNANDO SÁNCHEZ MAYANS, *Sobre Tarumba*, de Jaime Sabines

Esta noche inesperada, envuelta por azares del destino en la benevolencia de quienes han tenido a bien apoyar mi ingreso con su voto, particularmente el secretario Manuel Alcalá, el buen amigo Guido Gómez de Silva y el doctor Ruy Pérez Tamayo —tal el motivo que me coloca en deuda con ellos—, acudo a este recinto para entregar al auditorio mi pensamiento, mi imaginación y mi sueño. Mi pensamiento, ligado sobre todo a la ciencia de la historia —que para mí representa mi segundo cobijo si la medicina puede considerarse como la respuesta inicial dentro del conocimiento adquirido en mi juventud—, resbala por los vericuetos enlazados de preguntas y respuestas, éstas a veces dudosas y hasta falsas, extraídas las más de las veces de repositorios documentales añejos por no decir vetustos, que recorren las centurias otrora perecedas. Mi imaginación, porque el imaginar, en recreación mental, me coloca en un mundo prefabricado que en multitud de oportu-

* Leído en la sesión pública efectuada el 15 de julio de 1997.

nidades me devuelve a mi infancia, y retornar a la primera edad es continuar dentro del universo fantástico del sobresalto y la felicidad. Mi sueño, como último resultado, dentro de las volutas inasibles del inconsciente, donde el ser humano revuelve leyendas y sucesos, acontecimientos reales o fingidos, extractos muchas veces de una eclosión interior adormilada por quién sabe cuánto tiempo.

Para decantar las tres entidades, mi ocurrencia, leída tras también agradecer a mi primo hermano Ernesto de la Peña su bondadosa aceptación de rendir la respuesta usual a mi trabajo primigenio dentro de esta corporación —el recuerdo de familia nos mantiene enlazados, querámoslo o no—, he dado en intitularla “Tríptico de entrada”, por entretejer tales eslabones a los cuales me referiré en sucesión, bajo los títulos “Ráfaga de sombras”, “El sillón vacante” y, quizá como tema central de mayor alcance, “Elías Nandino y la revista *Estaciones*”. Pensamiento, imaginación y sueño en giro constante, que al fin la vida resulta atrapada en alguno de cualesquiera de estos tres aleteos.

RÁFAGA DE SOMBRAS

Si identificamos como sombras a ciertas oscuridades, proyecciones negruzcas que un cuerpo lanza en el espacio en dirección opuesta a aquella por donde se le suministran los rayos del sol o de otro foco luminoso, en esta ocasión y en mi caso particular son *luz* por significarse como siluetas fantasmagóricas que entrañan vida, aparecidas en forma reiterada, así destellos de quienes en la imaginación o el recuerdo cintilan, vibran, mantienen comunicación conmigo mismo. Las sombras, aceptémoslo, danzan en derredor de cualesquiera de nosotros, devanándonos con intrepidez o mansedumbre. Desfiguradas por los años de abandono, delgadas o largas, chatas o encogidas, disueltas o esfumadas, de cualquier manera circulan en nuestro espacio como demostración de un registro existencial. Hay sombras filtradas en el corredor del espíritu al filo del parpadear de la tarde, otras esquineras —al voltear de la

esquina— semiescondidas con tristeza o vergüenza como incógnita imprevista, las más desparramadas por el piso sin límite preciso. Valederas, las sombras que traigo a colación resultan familiares, de maestros venerados, de amigos entrañables, de poetas a quienes tuve la fortuna de conocer, de historiadores que suscitan un común denominador, el de su liga con la Academia Mexicana de la Lengua. Sombras cambiantes, tímidas o presuntuosas, recortadas en el esbozo de la penumbra o realzadas al choque de la fuente lumínica contra el cuerpo que proyecta su contorno. A veces, espectros furtivos. Vagas estas sombras queridas y requeridas, reflejadas al margen de un cosquilleo instantáneo.

Ya en familia, dentro del círculo que de largo me incumbe, la sombra alejada de mi antepasado, Rafael Ángel de la Peña, autoridad en cuestiones filológicas y segundo secretario de esta docta corporación; la de Enrique Fernández Granados, Fernangrana, secretario quinto, autor de *Mirtos y Margaritas*, desposado con mi tía Asunción, hermana mayor de mi madre; la de don Francisco C. Canale, tercer tesoro aquí y médico conspicuo, visitante “de cabecera” en mi hogar de nacimiento; la no menos dilecta del doctor Francisco Castillo Nájera, mi padre político, merecedor de un reconocido homenaje no tan sólo por su calidad profesional, sino por la de diplomático de altos vuelos, defensor de los derechos de México en el tapete internacional, ocupante de la silla número XXII, y —¿por qué no?— la sombra iluminada de Rosario de la Peña, la tan controvertida “musa” de Manuel Acuña, tía abuela mía.

Dentro de un conglomerado magisterial, en seguida surge el repaso de aquel selecto grupo aposentado en la Escuela Nacional Preparatoria de la calle de San Ildefonso, donde cubrí mis estudios durante el bienio 1935-1936, a cuyo frente mi ilusión descubre y reconoce la silueta deshilvanada de don Erasmo Castellanos Quinto, sesentón de luenga barba, acompañado dentro del recinto señero por el venerable etimologista don José Ignacio Dávila Garibi. Junto a ambos, el academista y maestro en licenciatura y bondad, don Francisco Monterde, duodécimo director, erudito en múltiples andanzas históricas de nuestra

lengua; el atildado don Julio Torri, perfeccionista en su cátedra de español; y en fin, el austero don Agustín Yáñez, decimotercer director, montado “al filo del agua” sobre su pelo lacio echado hacia atrás y sus gafas anchas vestidas en carey, colocadas sobre la grupa de una nariz recia. ¡Cuánta sabiduría cifrada en tan pocas líneas!

Sobre el callejón de la amistad, más en confianza, Porfirio Martínez Peñalosa, crítico y ensayista, guía esclarecedor de mis eternas dudas gramaticales; Felipe Teixidor, genial en su recuento de libros de biblioteca encantada; y Gonzalo Báez Camargo, nuestro *Pedro Gringoire* del *Excélsior* en su columna *Bibliogramas*.

En el recinto de la poesía, cinco genios afianzadores de la palabra selecta: Jaime Torres Bodet, en el dintel de las “fronteras” desplazadas “sin tregua” en tanto decide, dentro de la educación pública y el civilismo nuestros, que una sola estirpe de mexicanos no reconoce héroes o traidores en las guerras intestinas; Mauricio Magdaleno y su discurso recoleto de ingreso a la institución, exquisito en el “resplandor” que despidе; el poeta Carlos Pellicer, ritmo e imagen en “práctica de vuelo” resumida como una apoteosis salvaje de los sentidos; Salvador Novo, llorando cuando “decimos nuestra tierra” allá por el rumbo de La Capilla; y José Gorostiza, quien desde sus “Canciones para cantar en las barcas” avizora la “Muerte sin fin”, poema penetrante de sobria lucidez.

Consentido dentro de la historia del arte, Justino Fernández, caballeroso y distinguido, y relevante en la historia genérica o la especializada; Roberto Moreno y de los Arcos, memorista privilegiado; y Francisco Fernández del Castillo, hacedor de una renovación profunda en la concepción del modelo y el trazo específicos dentro del modernismo histórico-médico mexicano.

Todos ellos, académicos. De allí la reverencia mía ante siluetas fieles, paseantes por nuestros pasillos, de tintes azulosos sobre el bordo de la conciencia, detonante esta como vibración súbita del pasado. Sombras, sólo sombras, pero ¡qué sombras!

EL SILLÓN VACANTE

Una sombra más cercana nos acompaña esta noche: la de quien, como mi predecesor en la silla número VI, llevó en vida el nombre de Edmundo O’Gorman. Costumbre es para quien ingresa a esta honorable corporación, pintar el retrato del inmediato ocupante del asiento. Confieso, de primera intención, que no es tarea fácil emprender el recorrido de una biografía, menos todavía si ésta se concreta a, en unas cuantas pinceladas, abocetar la personalidad y la obra ejecutada con pasión por un historiador de su talla. Rastrear a Edmundo O’Gorman en unos cuantos minutos significa un reto casi invencible. No obstante, con la agravante de tomar muy de paso el trascendental papel desempeñado por él, no me atreveré a delinear su sombra gigantesca sin antes dejar sentado que aun un perfil resulta “tarea de las más difíciles en la historia escrita”, al decir de Luis González y González. Su semblanza mayor ameritaría mucha tinta, y la ocasión no lo permite. Discúlpenseme, pues, omisiones o ligereza en el ajuste del compromiso.

La imaginación, desde luego, aparece en estas circunstancias; al fin y al cabo, sin titubeos me atengo a la acertada frase de Azorín, aquella donde declara rotundamente que, “en la historia más vigorosa, ¿podemos acaso evitar la infiltración de lo imaginario?” O la advertencia caprichosa de Paul Valéry cuando coloca a la historia como “el producto más peligroso elaborado por la química del intelecto”. Añadiría yo que quien historia no debe fingir su sabiduría sobre el exclusivo descubrimiento de lo verdadero, sino también de lo falso: con competencia, sinceridad, verificación de los testimonios y crítica de interpretación. Con algo, más bien mucho, olvidado por el hombre en el mundo por el cual surcamos: la palabra *amor*. Pero sin que por ello nuestra historia deje de ser ciencia, a la manera de “invención, imaginación, creación libre de esquemas operativos tanto mentales como técnicos, que permitan prever y gobernar los procesos del mundo”, según el sentir reconocido de Pedro Laín Entralgo. Reconozcamos que, sin lugar a dudas, la obligación del conocimiento histórico es simplemente dar un sentido a la aventura del hombre, de unir a éste con su futuro.

Recojamos los hechos. Edmundo O’Gorman nace y muere en la ciudad de México, 24 de noviembre de 1906 y 28 de septiembre de 1995, respectivamente. Durante su fructífera vida, más que como abogado y pintor, actúa reciamente como doctor en historia.¹ Suma preseas hasta alcanzar los premios Nacional de Letras, Rafael Heliodoro Valle y Universidad Nacional. Ocupa un sitial en la Academia Mexicana: electo el 11 de abril de 1969, lee su trabajo de ingreso el 24 de julio de 1970. Y se enfrasca en una vida plena, dedicada a la historiografía y a cuanto es más un movimiento por él jefaturado alrededor de los años treintas-cuarentas de nuestro siglo, de renovación absoluta o cambio en la forma de acercarse a la historia, al cual se conoce bajo el nombre de *historicismo*, opuesto en corriente al materialismo histórico de tipo marxista donde el patriarca resulta ser Wenceslao Roces, español republicano quien, amén de haber ocupado la Subsecretaría de Instrucción Pública de su país, traduce *El capital* de Marx; también a Engels, a Dilthey y a otros más. El positivismo ha quedado atrás. Los bloques, definidos, pugnan por la supremacía, y Edmundo O’Gorman impone su criterio, creando una escuela avasalladora. Muestra y demuestra un ímpetu de grupo sin par. Poseedor de una inteligencia brillantísima, superlativa en grado, ágil mental como muy pocos, crea y recrea una escuela muy suya dentro del historicismo mexicano, atrayendo o formando a historiadores de la talla de Juan A. Ortega y Medina, hombre maduro, que en el homenaje rendido a los 60 años del maestro coordina en su honor el libro *Conciencia y autenticidad histórica*, y otros más bisoños, tales los preferidos Jorge Alberto Manrique y Eduardo Blanquet, o quienes a su derredor consolidan su efectividad, como Álvaro Matute, Rosa Blanquet Camelo, Roberto Moreno y de los Arcos, Beatriz Ruiz Gaytán y Josefina Zoraida Vázquez, por mencionar unos cuantos. Quienes lo respetan como mentor, en su septuagésimo aniversario lo perfilan según su parecer como “profesor de pícara ironía, deformado e incluso entenebrado” —su propia opinión transcrita—, aristocrático y

¹ La producción fecunda de Edmundo O’Gorman ha sido revisada parcialmente. Ni con mucho se ha realizado la revisión global de su obra. Lo consultado por mí aparece en la bibliografía.

simuladamente desdeñoso pero a la vez creador de lecciones tan estupendas, profundas, bellísimas, ingeniosamente expuestas e inquietantemente problemáticas, que en su momento resultan demoledoras. Para O’Gorman, la tesis de Leibniz de que “sin filosofía la mayor parte de los problemas de la historia son laberintos sin salida” implica un imperativo. El pasado, según cuenta, en verdad nos constituye. Intérprete por vocación, en sus seminarios reforma la enseñanza de la historia mediante un análisis riguroso, sembrando en los alumnos la duda sobre verdades aceptadas. Más que tenaz y metódico resulta inconforme e insólito. Y entonces queda expuesto a la polémica.

Al abrir un nuevo modo selectivo para interpretar la historia, influenciado además por su personalidad —orgullosa, soberbio para muchos de quienes lo conocen, aplastante y poco sensible—, imparte las cátedras de historiografía, geografía histórica e introducción a la historia en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México; de allí, sus alumnos preferidos, seleccionados con estricta severidad, ingresan a los seminarios concretos, de los cuales son memorables los del padre Bartolomé de Las Casas, fray Servando Teresa de Mier y Carlos María de Bustamante. Vale asentar que no resulta fácil ingresar a su círculo. Porque, además, vive en el protagonismo y, como derecho propio, ostenta su carácter porfiado y hasta controvertible con el objeto de llamar la atención: al convertirse en caudillo, muchas veces empecinado, sustenta discusiones abigarradas a partir quizá hasta de mínimas diferencias. Defendida su causa “a capa y espada”, trasciende en las riñas o altercados habidos, pongamos por caso, con el doctor Miguel León-Portilla ante el pretexto ideológico del “encuentro de dos mundos” cuyo epíteto le escuece; con Marcel Bataillon por su concepción histórica sobre el descubrimiento de América; y con el padre Lino Gómez Canedo acerca de los *Memoriales* de fray Toribio de Benavente o Motolinia.

Aparte su celo polémico, es de reconocer que, como protagonista del historicismo, fundamenta el hecho histórico como un desarrollo que se va haciendo, en medio de un dinamismo en eterno movimiento. Dentro del idioma que conoce y maneja con soltura, labra intuiciones

geniales, aunque a veces no pasa más allá de ellas, porque le falta tal vez el remate o el sello de la realidad. Es su imaginación la que despierta con celeridad: mediante ella maneja al lector o al escucha con perspicacia, y así lo conduce a que dé por hecho su fórmula, aun cuando ésta resulte extravagante.

En sus tres argumentos preferentes, como la *invención* de América, el criollismo y el trauma de México en su historia, Edmundo O’Gorman, sin olvidarse de su ente imaginativo, asombra. Manifiesta es la aseveración de que así “creamos o no en la fórmula revolucionaria descrita por Edmundo O’Gorman, no cabe duda de que el pensamiento del autor teórico de la *invención* es una fantasía imaginativa tal, que arrastra hacia sí la admiración y el respeto de quienes nos atrevemos a incursionar por la historia”. A su manera, dentro del historicismo, él reinterpreta el acontecer histórico que en vano se ha tratado de asir bajo la especie de *descubrimiento*: del seno de una determinada imagen del mundo, estrecha y particularista, arcaica, surge un ente histórico que, al irse constituyendo en un ser, opera como disolvente de la vieja estructura y, al mismo tiempo, es el catalítico que provoca una nueva concepción del mundo más amplia y generosa. O’Gorman hace suyas las palabras de Martin Heidegger: “sólo lo que se idea es lo que se ve; mas lo que se idea es lo que se inventa”. O el pensamiento lascasiano cuando a cada paso se le antoja a su favor lo mucho que desea y asienta con firmeza en su imaginación. De allí que afirme, sin ambages, que “en historia los conceptos de error, contradicción y fracaso apenas tienen vigencia verdadera. Todo es movimiento, y es maravilloso comprobar cómo una situación que parece insoluble no es sino nuevo y vigoroso punto de partida hacia una meta imprevisible. Y así, contra toda apariencia, aquella inversión de términos en la que no se discierne diferencia especial al respecto de la situación anterior, no es en verdad sino una apertura que le comunica al proceso un nuevo impulso y una nueva orientación”. América, según su deducción muy particular, se separa por una circunstancia que remite a otro plano del ser: concebida por Europa a su imagen y semejanza, y en circunstancia muy radical, es inventada como instancia que hace posible, en el seno de la cultura de Occidente, la

extensión de la imagen del mundo a toda la tierra, y la del concepto de historia universal a toda la humanidad.

Cuando Edmundo O’Gorman medita sobre el criollismo en su ingreso a la Academia Mexicana, hace notar que el ser hispánico originalmente trasplantado al Nuevo Mundo sufre una progresiva americanización y que, en síntesis, la historia de la Nueva España consiste en la metamorfosis de una España que por radicación histórica acaba siendo distinta al surgir el criollo, no como mera categoría racial o de arraigo domiciliario, sino como clave del ritmo de su desenlace en el choque entre dos maneras contrarias de concebir la vida novohispana, hasta el triunfo definitivo de una de ellas. Ya en *México, el trauma de su historia*, juega con las dos corrientes históricas nuestras, tratando de prender y sujetar la unidad fundamental y subyacente del acontecer como proceso de identidad: la historia gravita, en el caso de la tesis conservadora, en la inmutabilidad esencial de dicho proceso, y en el caso de la tesis liberal, en el suceder temporal y su movilidad significativa.

La vida y la obra de Edmundo O’Gorman, el historiador del sitio vacío que hoy magnánimamente me cede y concede la Academia Mexicana, con todos los defectos que tuvieren por humanas, sobre su rebeldía y su sentir polemista revelan un respeto íntimo, una honestidad sincera. Jorge Alberto Manrique nos revela que, para él, “la historia es vía por la cual un hombre de su tiempo, con toda la responsabilidad que el saberse hombre y el reconocerse circunstancial le da, propone su verdad”.

ELÍAS NANDINO Y LA REVISTA *ESTACIONES*

El último rincón de mi tríptico compete al sueño, en la palabra de Elías Nandino. ¿Como qué? ¿Como fuga cósmica sorprendida más allá de las estrellas? ¿Tal vez vivencias anímicas representadas en cinta de imágenes dentro de una fantasía durmiente? ¿O raptó onírico con lenguaje simbólico que súbito desintegra la quietud adormilada de un es-

pacio sin fin? No lo sé. Calderón de la Barca sonríe ante la obsesión creciente que fustiga mi letargo:

pues sé
que toda esta vida es sueño,
idos, sombras, que fingís
hoy a mis sentidos muertos
cuerpo y voz, siendo verdad
que ni tenéis voz ni cuerpo
... y caso que fuese cierto,
pues que la vida es tan corta,
soñemos, alma, soñemos
otra vez...

La existencia fugaz aprisionada en las volutas de tres giros: el pensamiento, la imaginación y el sueño.

Lo que sí bien sé es que concibo trunco el sueño de Nandino, el poeta oriundo de Cocula, nacido y muerto allí, 19 de abril de 1900 y 2 de octubre de 1993, porque únicamente pretendo referirme a su presencia-esencia y al fervor aligerado por él en la revista *Estaciones*, números 1 a 20, editados desde la primavera de 1956 hasta el invierno de 1960 en secuencia trimestral. Revista donde hace las veces de editor-director y administrador, donde cubre la crítica de libros varios,² don-

² La crítica de Elías Nandino, reflejada en la revista *Estaciones*, incluye lo siguiente: NÚMERO 2: *Perfil de la raíz*, por Ricardo Bogrand, y *Cuadernos médicos*. NÚMERO 4: *Algo de amor y otros poemas*, por Salvador de la Cruz García; *Escuela de artesanos*, por Wilberto Cantón; *Anécdotas, cuentos y relatos*, por José Rojas Garcidueñas, y *Hemerografía potosina*, por Joaquín Meade. NÚMERO 5: *Pliego de testimonios*, por Marco Antonio Montes de Oca, y *Asonante final y otros poemas*, por Eugenio Florit. NÚMERO 6: *Glosas y décimas de México*, por Vicente T. Mendoza; *Poemas*, por Rosario Castellanos; *Los cantares de Piza*, por Ezra Pound, y *Tiempo*, por Isidro Conde. NÚMERO 7: *El extraño*, por Leopoldo de Luis; *Exilio*, por Sara García Iglesias; *Las artes plásticas en Jalisco*, por José G. Zuno, y *El cristianismo medieval y moderno*, por Charles Guignebert. NÚMERO 11: *El libro vacío*, por Josefina Vicens; *Desatadura*, por Jesús Arellano; *Plegaria grave*, por Luisa Pasamanik, y *Acto propicio*, por Fernando Sánchez Mayans. NÚMERO 13: *La sombra*, por Arsinoe Moratorio, poemas; *Sonetos elementales*, por Mercedes Durand; *Una espina de sal*, por Carlos Juan Islas; *Clamor hacia la luz*, por Dionisio Aymara, y *Miguel Hernández. Destino y poesía*, por Elvio Romero. NÚMERO 14: *Al pie de la letra*, por Rosario Castellanos; *Ensayos japoneses*, por Manuel Maples Arce; *La eternidad esquiva*, por Fernando González Urizar, y *Poemas con bastón*, por Arnoldo Liberman. NÚMERO 16: *Viaje impreciso*, por Alfredo A. Roggiano, poemas; y *Amantes*, por Jorge Gaitán Durán, poemas. NÚMERO 18: *Canto llano*, por Nuria Parés.

de guarda dedicatorias de sus conocidos, y donde pule algunos estudios-ensayos entremezclados a su sensible poesía.³ Si bien médico, Elías es de aquellos seres privilegiados a quienes me he atrevido a llamar poetas médicos más bien que médicos poetas. El calificativo primero que le corresponde permanece ceñido a la poesía.

Y ¿qué es poesía? La eterna pregunta sin respuesta exclusiva. La de tantas interpretaciones. Incógnita si se quiere. Porque Ezra Pound la encasilla en *El arte de la poesía*, pero no la define. Y Octavio Paz, en *El arco y la lira*, antepone el renglón “la poesía es conocimiento, salvación, poder, abandono”, a un lujurioso almacén de calificativos extraídos casi al azar en un instante orgiástico. Para José Gorostiza cuanto importa en ella es la “intensidad”. A Miguel de Unamuno le parece “la creación del poeta”, siempre y cuando se considere a éste como “el que se desnuda con el lenguaje rítmico de su alma, porque el ritmo le sirve al igual que el bieldo de aventar el grano de paja en la era, para apurar su pensamiento a la brisa del cielo soleado”. Quien se aproxima más a nuestro intento es Ramón Xirau al asociarla a la “búsqueda de sueños inaccesibles, es decir, de visiones, de mitos, de esplendores, a través de los sueños”.

Salvador de la Cruz García ha expresado bellamente que, en la poesía, el pensamiento no se ocupa como un siervo en comunicar al hombre con la realidad que lo rodea, sino como un poder irresistible que invade los dominios de la concepción lírica y frena los ímpetus de la sensibilidad; recapacitando, tras considerar que dicha poesía es una privilegiada criatura engendrada en los ciclos de la intuición creativa, hace notar que, obligadamente, como hechura humana pasa de mano en mano por el pensamiento y la memoria, por la sensibilidad susodi-

³ En la revista *Estaciones*, Elías Nandino escribe ensayos y poemas, según dijimos. Títulos de ellos: “Estudio y pequeña antología poética de Emilio Ballagas”, núm. 2, verano de 1956; “Después del surrealismo, ¿qué?”, núm. 3, otoño de 1956; “Retrato” (de Xavier Villaurrutia), núm. 4, invierno de 1956; “La poesía de Xavier Villaurrutia”, mismo número; “Nocturno llanto”, núm. 7, otoño de 1957; “Contestación a Diego Rivera”, núm. 8, invierno de 1957; “Carta a Jaime Torres Bodet”, núm. 11, otoño de 1958; “Nocturno descenso”, mismo número; “Nocturno cuerpo”, núm. 12, invierno de 1958; “Sonetos en incendio”, núm. 16, invierno de 1959; y “El poeta”, núm. 18, verano de 1960.

cha, por la imaginación y aun por los sentidos: la inmanencia es el sustento básico de toda poesía de verdad, pues sin esa interioridad personal, el cauce del poema no recoge el limo sagrado de la inspiración creadora. Para perdurar, la poesía debe estremecer, provocar calosfríos, convertirse en esperanza y desesperanza a la vez, dejar de pertenecernos cuando se escribe. Que, según Rainer María Rilke, el poeta nato “puede decir a Dios cómo es el hombre, y al hombre cómo es Dios”. Puede ser cierto aquello de que “ningún poeta escribe sus versos: todos tienen un ángel, un demonio, un silfo, que recoge la poesía del aire y se la trasmite en secreto, misteriosamente, sin que nadie —menos aun el propio poeta— se entere, como en un sueño, exacto sí, tal vez mientras duermen, tal vez mientras no duermen, sonámbulos de tantas cosas, en sus noches tristes, cuando ya ningún reloj marca las horas...”

Elías Nandino es poeta, ni duda cabe. Porque, como él mismo lo dice, “inventa sueños para vivir”. Y en la revista *Estaciones*, con la intención que le destina, lo hace notar. No sólo con lo que de él publica, sino también con la crítica de libros, que suma 32 oportunidades entre las cuales descuellan las de *Asonante final y otros poemas*, por Eugenio Florit; *El libro vacío*, de Josefina Vicens; *Al pie de la letra*, por Rosario Castellanos; *Ensayos japoneses*, de Manuel Maples Arce; y *Canto llano*, por Nuria Parés. Eugenio Florit, precisamente, cincela la descripción figurada de cuanto para él resume la poesía:

En el principio tú
flor en los labios
abeja fiel de la palabra inmensa...

Para Nandino, Josefina Vicens hace gala de claridad en la exposición de su novela; “no trabaja con letras sino con briznas de cristal limpio”. Los poemas de Rosario Castellanos en *Al pie de la letra*, sin desperdicio de palabras, imágenes o metáforas, traducen un gran amor, no cantado, sino implícito, y una protesta en contra de la barbarie civilizada. El libro *Ensayos japoneses* de Manuel Maples Arce, impreg-

nado de viaje, nos adentra en su vuelo y nos hace imaginar un mundo desnudo de alegría. Nuria Parés, en fin, con su influencia leonfelipesca, en *Canto llano* duda hasta del esquema más sencillo:

Algo debe quedar... una semilla,
una sola palabra verdadera,
una gota de sangre o una gota de llanto...
algo que no se pide y que se espera.

Del desarrollo de la revista *Estaciones*—donde la dirección recae al principio en las manos de Alí Chumacero, Alfredo Hurtado, José Luis Martínez, Elías Nandino y Carlos Pellicer, luego en las cambiantes de Andrés Henestrosa, Enrique Moreno de Tagle, Salvador Reyes Nevares y Fernando Sánchez Mayans— surgen: en primer lugar, la sección *Ramas nuevas* en la cual florece un grupo de jóvenes aficionados a las letras, más tarde profesionales, de la talla de Carlos Monsiváis y José Emilio Pacheco, y, en segundo, el *Suplemento* identificado por la independencia de criterio que se le otorga. A los cinco años de nacida la revista, cuando termina su primera época y la responsabilidad de la edición le es concedida al señor Gustavo Sáinz, en esa transición deleznable que en muchas de nuestras programaciones acontece, sin más rastro desaparece, extinguiéndose ante el azoro de quienes tan bien la han custodiado.

En los 20 números de la publicación rondan dedicatorias a Elías Nandino como muestra de amistad y compañerismo: tres sonetos de Rafael Solana recogidos bajo el signo de *Tres ciudades distantes*, la de Tarifa al amanecer, la de Algeciras a mediodía, la de Ceuta por la tarde; un soneto más, esta vez de José Emilio Pacheco, el de “Eva”, donde Adán la encuentra “en la orilla del paraíso del amor, dormida”; la carta-protesta de Diego Rivera en la cual el muralista eleva su voz con el propósito de apresurar la suspensión inmediata de las pruebas de bombas atómicas termonucleares; *El camino en la caja*, monólogo de Hugo Argüelles en que éste da cuenta de que cada habitante de la gran ciudad es un ser perdido en su soledad; y al final, *Dos sonetos de junio*, por

Carlos Pellicer, firmados en tal mes de 1958, dignos de una transcripción parcial:

Junio trae en el hombro la paloma
 que otro tiempo fue un águila. Sus manos
 señalan horizontes tan lejanos
 que apenas dan la altura de una loma.
 Comienza a atardecer y el aire aploma
 su antigua iniciativa. Con desganos
 aún señalan caminos por los llanos
 las vivientes angustias del idioma.
 Junio en la tarde muestra su hermosura
 pálidamente antigua. Noble causa
 da en sus ojos la flor de su figura.
 ¿Aún hay tiempo de amar y ser amado?
 Y un pájaro es el ritmo de una pausa
 que da el valor del sueño y lo soñado.

Cuando Elías responde a Diego su misiva, dale a conocer su iluso padecer:

Tu carta recibí, querido Diego,
 y la contesto al reino de tu muerte
 en donde libre de materia inerte
 eres pupila universal, sosiego
 en plenitud de eternidad. Te entrego
 con estas líneas un abrazo fuerte
 por la verdad que tu protesta vierte
 contra la furia de este mundo ciego...

Nandino aprovecha *Estaciones* para depositar con vehemencia su pensar, realista o imaginario. Con gran acierto, que nuestro exiguo tiempo no nos permite analizar en detalle. Podemos saborear, eso sí, entre otros encargos, su ensayo “Después del surrealismo, ¿qué?”: a la audacia del movimiento rebelde que incendiando la realidad inicia un nuevo lenguaje de formas donde lo vital anonada lo significativo —mediante el apoyo en la metáfora disidente, la gimnasia mental delirante, el fana-

tismo por la imagen, la desnudez del deseo y sobre todo la inconformidad radical con todo lo hasta entonces aceptado—, opone un planteamiento adverso al señalar que, bajo el impulso de aquel lanzamiento, pero perdido porque existe un repudio a lo sólido por real y a lo irreal por inalcanzable, el poeta no se acomoda ya ni con la angustia ni con la esperanza; si bien el surrealismo empujó a la libertad, al desvalorizar el consciente ha desembocado en la encrucijada de no saber distinguir la verdad de la mentira, ni si pensamos nosotros o si piensan en nosotros; ¿acaso hacer verso libre en lugar de hacerlo rimado o preferir acentos en determinadas sílabas o desbocarse en circos de metáforas es su aportación trascendental?; ¿acaso un humanismo en el sentido justo de la palabra no nos daría la clave de un futuro mejor?; si la poesía que ahora se escribe —concluye— no tiene el valor espiritual y vital para penetrar en la moderna humanidad, ¿no será del todo urgente que renovemos nuestra expresión para vincularla más con sus nuevas necesidades y su nuevo temperamento?; el hombre de hoy ya no es igual al hombre de ayer, y el poeta, avisor y profeta, debe ser la avanzada, no la retaguardia.

Poco después, en otro ensayo, Elías Nandino delinea la figura de su gran amigo, el poeta de *Nostalgia de la muerte*: Xavier Villaurrutia, de quien pinta su “Retrato” y, además, recapitula su poesía. Su retrato, en una sola y enorme mirada —“miraba con el cuerpo entero”; inapagable, desbordada, acompañada por su ceja derecha audaz, nerviosa, cargada de señales; y de sus manos finas, ágiles, perfectas, “desatadas de los brazos para consumir a solas, en el aire, la acrobacia nívea de mímicas de cisne”—. Su poesía, como adivinación en el espacio y honda amargura sin llanto, abierta siempre al rumbo de su propia entraña. Luego, una “Carta a Jaime Torres Bodet” como contestación al envío fraternal de sus recientes libros de poemas *Sin tregua* y *Trébol de cuatro hojas*; ya de salida, algunas reflexiones sobre cómo interpreta a “El poeta”.

Si todo ello parece suficiente, no rezuma todavía: *Estaciones* guarda, como sublimación de la poesía de Elías Nandino, tres “Sonetos en incendio” y, según mi libre opinión, tres de sus nocturnos: “Nocturno

llanto”, “Nocturno descenso” y “Nocturno cuerpo”, de lo mejor de su lira. Decantemos uno de los sonetos incendiarios:

¿A quién puedo acudir en mi tortura?
 ¿A qué divinidad, a qué lucero
 podré rogar que el corazón que quiero
 acepte el manantial de mi dulzura?

¿A quién debo llamar en esta oscura
 quemazón de mi sangre en que me muero?
 ¿A quién, en el dolor que desespero,
 podré implorar un roce de ternura?

¿A quién, a quién en mi amoroso infierno
 confesaré la exacta biografía
 de mi secreto amor enardecido?

Debe haber en el girar eterno
 alguien que al escuchar mi voz sombría
 le lleve mis palabras a su oído...

De los *Nocturnos*, podo fracciones del segundo, dedicado precisamente a Jaime Torres Bodet, y el tercero:

Y queremos llegar y no llegamos
 porque la entraña sigue, continúa,
 se vierte, se trasmina, se dilata
 en polvo giratorio,
 en desbordada atmósfera de luto,
 en asustado tizne vagabundo,
 en espacio con rostro de obsidiana;
 y queremos llegar y no llegamos
 porque nace el abismo de otro abismo
 que conecta, se esparce, se difunde
 en cielo desastrado, éter desnudo,
 huyente inmensidad, lumbre de hielo,
 firmamento sin vísceras, ensanche
 creciente de la zona del desaire,
 prietura inconcebible que concibe

más sombras y más sombras y más sombras
encima de las sombras:
el principio del fin, y el principio
de un vértigo de hondura
que detiene al caer de nuestra fuga
y nuevamente nos levanta a flote.
Un instante de más y está la muerte

[...]

Si soy su dueño, ¿por qué lo siento ajeno,
despegado de mí —sombra de un árbol—,
corteza dolorida de mi angustia,
vendaje que me oprime, ademe frágil,
imán que me atesora y me trasmina,
materia que yo arrastro y que me arrastra?
Y estoy en él, presente, inevitable,
unido en el monólogo y la espera,
crecido en su reverso y denunciado
por sus manos, sus ojos, sus azoros,
el desenfreno de sus fantasías
y su vaivén de júbilo y zozobra...

La poesía de Nandino es de múltiples presencias: amor, soledad, muerte, amargura, desolación dentro de su realidad. Sus sonetos, pasionales, según Gabriel Leyva “estremecen por un interno fuego que quema sus entrañas”. Ya desde muy pronto, 1953, Antonio Castro Leal lo rastrea diciendo que “su importante obra poética es un ascenso continuado, en el que va ganando en hondura conforme se despoja de galas retóricas y discursivas; en una música desornamentada y grave canta un amor desolado y un noble desaliento”. Si bien puede parecer repetitivo, para algunos monótono, en sus poemas de ausencia alcanza un clímax de profundidad y de seguridad expresiva, y en su madurez cuando la voz se ha afinado, adelgazado, librado de las adjetivaciones —superficiales— captura un acento personal donde priva la obsesión de la muerte, en cuyo horizonte nada se pierde. Llega a ser descarnado, agónico, naufrago en la transición que el sueño le procura. En *Noctur-*

na suma, tal vez su mejor logro poético, él mismo ajusta su propósito literario:

Quiero letras de luz, agua de lluvia,
desnudeces de flor,
para este anhelo de querer decir
lo nunca dicho,
lo que siento y vivo
más allá de mi cuerpo y en mi cuerpo...

Precisamente Xavier Villaurrutia lo encadena “auscultando su propio tronco ardiente en tanto coloca al descubierto las capas profundas de la tierra de su cuerpo, hasta extraer de sus repliegues los ligeros pájaros y los seres marinos que el hombre ha ido ocultando en el hombre”. En sus décimas —imposible olvidarse de ellas— recoge solemnidad, color y amargura, intimidad, movimiento y pasión. Desde su mundo interior ordena un recogimiento íntimo traducido en mensaje:

Cuando el hombre se funde con la sombra
y la sombra lo rebela y lo revela
al ser que busca ser,
una verdad asible, un algo que defina
su dolor de vivir, su espera errante,
cierra los ojos para ver mejor.

Germán Pardo García lo cataloga como un gran atormentado: no es mentira que sea “dueño de sus dolores como el mar de su sal”.

En *Estaciones*, Elías Nandino, ni más ni menos, nos entrega la huella de su espíritu, ejecutando el poema como discurso que exige y que arrastra un enlace continuo entre la *voz que es* y la *voz que viene y debe venir*: así es como se muestra, con su verbo que excita nuestro estado afectivo. ¿Dónde su afán? ¿Dónde su arrebato de sinceridad?

Yo quiero mi palabra:
la que nazca de mí tan simplemente
como el canto en el pájaro salvaje,

la que pueda decir y diga siempre
mi verdad verdadera,
sin adornos ni brillos que la vistan,
límpida en sus pecados y virtudes.

Agradezco vuestra benevolencia a mi recibimiento, señores académicos, y, sin vanidad alguna, os dejo mi pensar, mi imaginación y mis sueños, como lo expresé desde el inicio de mi plática. Vibro dentro de una sensación extraña. Cabalgo en otro mundo...

BIBLIOGRAFÍA

- Caillois, Roger, "Imposturas de la poesía", *Estaciones*, núm. 12, invierno de 1958.
- Calderón de la Barca, Pedro, *Obras completas*; tomo I: *Dramas. La vida es sueño*, ed., pról. y notas de Ángel Valbuena Briones, Madrid, Aguilar, 1959.
- Corripio, Fernando, *Gran diccionario de sinónimos, voces afines e incorrecciones*, Barcelona, Bruguera, 1974.
- Cruz García, Salvador de la, "La poesía inmanente de Guadalupe Amor", en Michael Karl Schuessler, *La undécima musa: Guadalupe Amor*, México, 1995.
- Dauster, Frank, "La poesía de Elías Nandino", *Estaciones*, núm. 19, otoño de 1960.
- Díaz-Plaja, Guillermo, y Francisco Monterde, *Historia de la literatura española e historia de la literatura mexicana*, México, Porrúa, 1960.
- Discursos en el homenaje a Edmundo O'Gorman en su septuagésimo aniversario*. México, Centro de Estudios de Historia de México de Condumex, 1977.
- Enciclopedia de México*, José Rogelio Álvarez, director, México, SEP, 1998.
- Estaciones. Revista literaria de México*, editores: Elías Nandino y Alfredo Hurtado, números 1 a 20, primavera de 1956 a invierno de 1960, México.
- Gómez de Silva, Guido, *Breve diccionario etimológico de la lengua española*, México, El Colegio de México / FCE, 1988.
- González, Luis, *El oficio de historiador*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 1988.
- Hurtado, Alfredo, "La poética de Elías Nandino", *Estaciones*, núm. 1, primavera de 1956.

- Lain Entralgo, Pedro, "Técnica, ética y amistad médica", en Mariano García Viveros, comp., *Medicina y sociedad*, México, Biblioteca de la Salud, Secretaría de Salud / FCE, 1994 (Serie Fronteras).
- Leiva, Raúl, *Imagen de la poesía mexicana contemporánea*, México, Centro de Estudios Literarios, Imprenta Universitaria, UNAM, 1959.
- Monsiváis, Carlos, *La poesía mexicana del siglo XX. Antología*, México, Empresas Editoriales, 1966.
- Moreno de Tagle, Enrique, "Poesía y criaturización", *Estaciones*, núm. 11, otoño de 1958.
- Nandino, Elías, Ensayos, poemas, crítica, en la revista *Estaciones*.
- Ocampo de Gómez, Aurora M., y Ernesto Prado Velázquez, *Diccionario de escritores mexicanos: "Panorama de la literatura mexicana"*, prolog. María del Carmen Millán, México, Centro de Estudios Literarios y Coordinación de Humanidades, UNAM, 1967.
- O'Gorman, Edmundo, *Cuatro historiadores de Indias. Siglo XVI*, México, Diana / SEP, 1979 (Sep-Setentas).
- , "Del amor del historiador a su patria", palabras pronunciadas al recibir el Premio Nacional de Letras, 1974; México, Centro de Estudios de Historia de México de Condumex, 1974.
- , *Estudio crítico a la Ordenanza de Cristóbal Colón. Manuscrito colombiano O'Gorman-Condumex*, ed. facsimilar, México, Centro de Estudios de Historia de México de Condumex, 1978.
- , "Fantasmas de la narrativa historiográfica", alocución leída en el salón de actos de la Universidad Iberoamericana en la recepción del Doctorado Honoris Causa en Humanidades, ciudad de México, 4 de octubre de 1991. Edición posterior en México, Universidad Iberoamericana, Departamento de Historia / Centro de Estudios de Historia de México de Condumex, 1992.
- , *Fundamentos de la historia de América*, México, Imprenta Universitaria, UNAM, 1942.
- , "Guía bibliográfica de Carlos María de Bustamante", trabajo realizado por el seminario de historiografía de la Facultad de Filosofía y Letras, bajo la dirección del doctor..., Edición posterior en México, Centro de Estudios de Historia de México, Fundación Cultural de Condumex, 1967.
- , *Historia de las divisiones territoriales de México*, México, Porrúa (Sepan cuantos..., núm. 45).
- , *Homenaje al fundador de la Universidad Nacional de México, don Justo Sierra*, 13 de septiembre de 1985, ciudad de México, Centro de Estudios de Historia de México de Condumex, 1986.

- , *La invención de América. El universalismo de la cultura de Occidente*, México / Buenos Aires, FCE, 1958.
- , *La supervivencia política novohispana. Reflexiones sobre el monarquismo mexicano*, México, Centro de Estudios de Historia de México, Fundación Cultural de Condumex, 1969.
- , *Meditaciones sobre el criollismo*, discurso de ingreso a la Academia Mexicana correspondiente de la Española, y respuesta del académico de número y cronista de la ciudad, señor don Salvador Novo, México, Centro de Estudios de Historia de México de Condumex, 1970.
- , *México, el trauma de su historia*, México, Dirección de Publicaciones, UNAM, 1977.
- , *Memoriales o Libro de las cosas de Nueva España. Fray Toribio de Benavente o Motolinía*, México, Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 1971.
- , *Palabras pronunciadas al recibir el premio de historia "Rafael Heliodoro Valle", 1981*, México, Centro de Estudios de Historia de México de Condumex, 1984.
- , *Seis estudios históricos de tema mexicano*, [Xalapa], México, Universidad Veracruzana, 1960 (Biblioteca de la Facultad de Filosofía y Letras).
- , y Marcel Bataillon, *Dos concepciones de la tarea histórica. Con motivo del descubrimiento de América*, México, Imprenta Universitaria, UNAM, 1955.
- , y Salvador Novo, *Guía de las Actas de Cabildo de la ciudad de México*, México, DDF / FCE, 1970.
- Paz, Octavio. *El arco y la lira. El poema. La revelación poética. Poesía e historia*, México, FCE, 1956 (Lengua y Estudios Literarios).
- Pound, Ezra, *El arte de la poesía*, México, Joaquín Mortiz, octubre de 1970 (Serie del Volador).
- Russell, Dora Isella, "La poesía, oficio secular", *Estaciones*, núm. 9, primavera de 1958.
- Schuessler, Michael Karl, *La undécima musa: Guadalupe Amor*, prólogo de Elena Poniatowska Amor, México, Diana, 1995.
- Valéry, Paul, "Introducción a la poética", *Estaciones*, núm. 2, verano de 1956.
- Xirau, Ramón, *Poesía y conocimiento*, México, Joaquín Mortiz, mayo de 1978 (Cuadernos).

RESPUESTA AL DISCURSO ANTERIOR

ERNESTO DE LA PEÑA

Empezar unas palabras de bienvenida con la expresión del consabido júbilo que se experimenta al recibir en el seno de un grupo de estudiosos como el que forma a nuestra Academia a un miembro más, merecedor de estímulos, honores, reconocimiento y amistad, es cumplir un deber grato y significativo. Pero las circunstancias que rodean el ingreso del doctor Enrique Cárdenas de la Peña en esta benemérita corporación son para mí, que tengo el privilegio de pertenecer a ella y el honor de ser su primo hermano, particularmente felices, no sólo por el placer, de sabor algo tribal, de ver que aumenta el número de familiares en las filas de esta ilustre institución, sino por la satisfacción de observar que se reconocen los muchos méritos de un hombre empeñoso, sabio y modesto, cuya vida entera se ha dividido entre hacer el bien a través de la medicina, rastrear el decurso que esta ciencia ha tenido en el tiempo y encontrar la verdad de nuestro pasado a través de la investigación histórica, sin dejar a un lado el cultivo de las bellas letras.

En el momento crucial de la decisión, cuando las tres diosas nos ofrecen la manzana que ha de elegir a una en detrimento de las otras dos, Enrique Cárdenas adoptó el riesgo inherente a no aceptar tal distinción, tal discriminación excluyente. Generoso en la vida y ambicioso en el espacio intelectual, tajó con finura quirúrgica la fruta peligrosa y la distribuyó entre las tres, transvasando al mismo tiempo a las deidades las savias que prefería: y así, en su obra nos ofrece una Afrodita arrebatadora, aunque algunas veces prudente por estar refrenada en una poesía puntual y eventualmente desafiante; una Hera celosa y providente, que descubre y cura los males de amores (desde el ansia erótica de su errátil marido hasta las flores de la sífilis que inspiraron el

poema médico de Fracastoro) y una Atenea que no depone su estudio, sino que lo encamina a los bosques siempre ricos de la historia, sazonados por la sal griega de la reflexión oportuna.

Enrique ha caminado largo tiempo por estos tres senderos del espíritu y pese a las dificultades que se oponen siempre a este triple injerto, ha sabido encontrar no sólo el tono que exige cada uno, sino la senda que conduce hasta los orígenes y allí, en posesión de muchos secretos envidiables, nos transmite no sólo el resultado, sino los sabrosos pormenores de la búsqueda. Admiro y alabo en él la vocación plural que jamás le ha deparado confusiones en su cultivo. Es justamente el reverso del apócrifo *Margites* homérico, cuyo personaje sabía hacer muchas cosas pero todas las hacía mal. Enrique Cárdenas emprende sus tareas con una eficacia que brota de la larga práctica y con un método que nace del amor desinteresado; por esto sus obras son ya numerosas, pues lo han acompañado a lo largo de una vida fecunda y entregada, que no se da tregua antes de cumplirlas. Por esta razón, estaba por decir por este amor de fidelidad ejemplar, su obra es vasta y armoniosa... pero es algo más: tiene importancia para delinear el panorama espiritual de nuestro país en el siglo que se está extinguiendo.

El doctor Cárdenas nos ha hablado de varios desaparecidos que honraron los sillones de nuestra institución, y su tratamiento, aunque apasionado, es puntual. Encuentro particularmente agudo su análisis de las tesis más amadas por Edmundo O'Gorman, otro historiador pasional, pero riguroso. Esos puntos de vista, atrevidos en su momento, que era el de la efervescencia existencialista en un Mascarones atento a la cátedra de don Pepe Gaos, sapiente e inspirado, recibieron en algunos medios de deficiente honestidad cultural el peor de los oprobios: el silencio. Ahora, muchos años más tarde, otro analista de nuestro pasado, Cárdenas de la Peña, tributa al autor de *La invención de América* el homenaje que merece, pues lo justiprecia después de delinear los rasgos característicos de su pensamiento. Me identifico con su propuesta de volver los ojos del amor a la historia, no sólo contemplarla con las antiparras de la erudición. Ambas miradas son, a todas luces, complementarias.

En el discurso que acabamos de oír, el doctor Cárdenas no podía omitir la poesía: habría sido una especie de amputación dolorísimamente de un órgano vital. Y en cumplimiento de un deber doble, el de médico y el de escritor de poesía, se ocupó de la obra de Elías Nandino, poeta de indudable tenacidad lírica si los hay, médico de perfil franciscano y autenticidad vital que sirvió de indicio a muchos adeptos, que admiraron el modo notable en que en Nandino se complementaban existencia y legado poético. Cárdenas de la Peña escudriña con conocimiento sus poemas y sabe dar con los más significativos que, ley humana, suelen ser los más dolorosos.

No quiero extenderme más, aunque deje en la mudez muchas observaciones nacidas al correr de la lectura. Sólo reitero a mi primo Enrique Cárdenas de la Peña la bienvenida cordial que todos los académicos le damos hoy, al reconocer en su labor la limpieza del propósito, la valentía de la ejecución y la constancia vocacional. No es común encontrar en un solo hombre esta unión perdurable de meta y consecución.

¡Felicidades, Enrique!

FILOSOFIA Y POESÍA *

JAIME LABASTIDA

Antes de entrar en la materia que he de tratar en breve, permítanme decir que me siento dos veces honrado, indebidamente honrado, por los miembros de la Academia Mexicana. Una es evidente de suyo, por el solo hecho de admitirme en este espacio, mental antes que físico, en el se edifica lo único que nos hace creer en el terrible deleite de ser hombres: la palabra.

El otro motivo por el que he sido indebidamente honrado esta noche se deriva de un hecho, que trataré ahora de hacer consciente no sólo para mí mismo, sino también para ustedes, y que me obliga a un deber extremo. Ocuparé la alta silla que antes de mí ocuparon dos ilustres sabios mexicanos: Alfonso Méndez Plancarte y Antonio Gómez Robledo. El reto que significa ocupar su misma silla es muy grande. Diré tan sólo que intentaré situarme a la altura del trabajo realizado por mis dos antecesores y que me esforzaré, más allá de mis limitaciones, por ser digno de esta distinción.

A Méndez Plancarte se debe, entre otros hechos decisivos, el sólido renacimiento de los estudios de la obra de sor Juana, gracias a las ediciones críticas que preparó con tanto esmero. Su edición del poema mayor de nuestra lengua, *Primero sueño*, no tiene rival, por su erudición y su respeto al texto; pero, más aún, por el amor que de él se exhala. Todos cuantos, más tarde, hemos intentado algún tímido acercamiento a la obra de sor Juana caminamos tras de sus huellas, iluminados por su ejemplo. No hizo Méndez Plancarte con *Primero Sueño* una labor hermenéutica, tal como ahora se entiende, en la que se intentara desentrañar su posible sentido, sino la mejor edición crítica,

* Leído en la sesión pública efectuada el 2 de abril de 1998.

llena de sabiduría y limpieza, que ha abierto la vía a posteriores interpretaciones de la obra de la monja jerónima. Nos mostró Méndez Plancarte las referencias implícitas, desentrañó los significados textuales, apuntó las citas de los clásicos, nos hizo ver cuanto de mitología romana, ciencia medieval, filosofía, teología o anatomía subyacía en el poema de sor Juana.

Creo que así deshizo falsas interpretaciones, tanto anteriores como posteriores, del *Primero sueño*. Si la entendemos rectamente, la labor sabia y paciente de Méndez Plancarte no permite atribuirle a sor Juana ningún carácter moderno, menos aún cartesiano, como algunos han supuesto. Después de esta labor impecable, Alfonso Méndez Plancarte se lanzó a la tarea de editar la *Obra completa* de sor Juana y, por si lo anterior fuera poco, además, animó, junto con su hermano Gabriel, una revista señera de nuestra literatura, cuyo título, me parece, dice todo lo que se debe decir: *Ábside*, o sea, la parte posterior de la iglesia, en la que se hallan presbiterio y altar. Desde luego, se delata en el título de la revista una profesión de fe, la católica; pero también, con ello, una actitud: la de ocuparse del centro, de lo que se halla en el corazón de los asuntos. Ahí donde se encuentra, después de caminar en silencio por la nave, el objeto del culto y se guarda el objeto máspreciado para un cristiano, así esté más allá de la luz que se filtra por los ventanales emplomados. El recogimiento, la protección, la firmeza; un recinto, esa bóveda que guarda el altar, el centro del culto para un cristiano, como en efecto lo era el sacerdote Alfonso Méndez Plancarte.

Pero ese sacerdote guardaba otro motivo de culto entre sus ropas talaras: el amor por la poesía y la literatura mexicanas. En esa revista se publicaron los primeros trabajos de otro gran sacerdote, Ángel María Garibay, que sentó, sobre bases lingüísticas, el estudio de la cultura náhuatl. Yo, que profeso creencias distintas (me digo filósofo, racionalista, lo que antes se llamaba, tal vez con ironía, un “espíritu fuerte”), me inclino reverente ante el trabajo de Méndez Plancarte, atacado e incomprensido en su tiempo. Para desgracia de la nación, la cultura adopta en México un alto grado de politización y en ese trabajo fino y

magistral de Méndez Plancarte se quiso ver, en no pocas ocasiones, otro designio, político.

Creo que Méndez Plancarte, en su calidad de crítico, sirvió a los demás, antes que a sí mismo. Sobre nuestra poetisa mayor, igual que sobre el poeta pulcro y al mismo tiempo violento que se llamó Salvador Díaz Mirón, pocos han dicho, con la misma sabiduría, tanto como supo decir Alfonso Méndez Plancarte.

Pero esta silla, la número XXVII, creada en 1950 para que fuera ocupada por Méndez Plancarte, muerto él, se le asignó a Antonio Gómez Robledo, otra cumbre de la inteligencia. A Gómez Robledo debemos obras de atrevimiento mayor: la traducción de la *Política* y la *Ética nicomaquea*, de Aristóteles, y de *La República*, de Platón. Junto a esos trabajos de servicio, Gómez Robledo legó a la lengua castellana libros indispensables, entre los que destacaré apenas dos: *Política de Vitoria* y *Platón*. ¿Qué fue Gómez Robledo, si es lícito preguntarlo? ¿Diplomático, jurista, filósofo, educador? Al unísono preocupado por la política y la ética, Antonio Gómez Robledo fue un hombre que halló en la cultura clásica (y más aún, en la filosofía clásica) el sendero que le permitió una luz para el presente.

Al leer su libro sobre Francisco de Vitoria, aprendí de súbito a comprender cómo la vista que se pone en lo alto permite superar la miseria diaria. Vitoria, que nunca escribió ni publicó un tratado coherente, sino lecciones de clases, apuntes pues, recogidos por sus alumnos, fundó sin embargo el derecho internacional o derecho de gentes. Contra el hombre más poderoso de su tiempo, el emperador Carlos V, hizo ver, con increíble firmeza, los crímenes cometidos en el proceso de conquista y colonización de América. Vitoria creó, no menos que Bartolomé de Las Casas, la política castellana por la que se reivindicaban los títulos de los antiguos pobladores de estas tierras. Vitoria supo advertir al emperador, con una valentía de la que hoy muchos carecen, que de nada serviría la tierra recién conquistada si en ella no se fundaba un reino de justicia. Tal vez los reproches de aquel oscuro fraile dominico, Francisco de Vitoria, llevaron a Carlos V hacia Yuste,

aterrado por el fuego de su misma conciencia, que supo despertar en él Vitoria.

Vitoria puso en duda los títulos imperiales para el dominio de América y sentó las bases para el derecho de gentes. Mostró en qué consistían las justas causas de guerra y levantó la figura jurídica de la restitución de las posesiones a los señores naturales, usurpadas por los conquistadores (de los que somos hoy, así lo sepamos o no, así lo queramos o no, herederos sangrientos). Ante la fuerza enorme de todo poder temporal, Vitoria se irguió con la fuerza del derecho y la verdad. Dice, pues, con razón Gómez Robledo que las lecciones que el año de 1539 dio en Salamanca el fraile dominico, maestro de teología, dieron origen al derecho internacional moderno y fueron así “nuestra primera Carta continental de independencia”. Francisco de Vitoria sirvió a la justicia, antes que al imperio o a su patria.

Pero véase en qué consistió el trabajo de Gómez Robledo: ya que hubo hecho ese libro sobre Vitoria, en plena segunda Guerra Mundial, se dedicó a traducir a los clásicos griegos de la filosofía política, en especial Aristóteles y Platón. De ellos no le importó ni la metafísica ni la epistemología, sino la ética y la política.

Gómez Robledo estaba profundamente preocupado por el curso desastroso de la civilización contemporánea. Por encima de otras cosas, le preocupaba el destino de la educación. Advirtió que la división violenta entre la ética y la política, que se consuma en *El Príncipe*, de Maquiavelo, pero cuyas raíces se hallan en la filosofía griega clásica (concretamente en Aristóteles), era acaso el origen de los problemas más importantes de nuestro tiempo.

Gómez Robledo nos hizo ver que la política y la ética tenían el mismo objetivo central: la formación de los hombres y que, por lo tanto, la base de toda ciudad (hoy diríamos, por supuesto, de toda sociedad) bien gobernada era la educación. De ahí que, a su juicio, en *La República* de Platón aún no se produjera aquella escisión tan grave entre moral, política y educación. Gómez Robledo, del mismo modo que Vitoria, pero apoyado en Platón y Aristóteles, supo que la política

carecía de sentido si sólo se traducía en obras materiales: ¿qué importa atiborrar al Estado de puertos, naves, monumentos y riquezas? Lo “único que importa” es “la sabiduría y la justicia”, dijo Gómez Robledo, pues el Estado debe tener por base la justicia.

Por eso, insistiré en decir que la verdadera expresión por la que se define la aspiración de una sociedad bien gobernada no es en modo alguno el “estado de derecho” (que traduce un concepto de la filosofía jurídica alemana), sino el estado de justicia. Una sociedad que se apoya en el derecho y respeta la ley puede ser considerada en verdad, desde luego, una sociedad justa; pero también es cierto que la actitud farisaica se limita a cumplir externamente con la letra, pero no con el espíritu de la ley. Las sociedades justas aspiran al perfeccionamiento de sus leyes. Lo sabemos, no puede haber nunca un Estado perfecto. Muchos anhelos de nuestros antepasados han sido cumplidos y todavía no vivimos en una sociedad justa. Lo diré de otra manera, acaso más fuerte aún: nunca, nadie, podrá vivir en una sociedad absolutamente justa. La justicia es un anhelo, siempre ante los ojos. El Estado benefactor reparte dones, pero la vida de la ciudad moderna está horadada y es hueca. *Tierra baldía*: he ahí el signo, diré mejor, el síntoma de nuestro tiempo. Por eso la utopía es un bien inalcanzable. Cuando creemos que la utopía puede hallar sitio en la Tierra, cometemos terribles atropellos. El imposible anhelo de la perfección suprema se ha traducido hoy en sociedades de acero y horror, en las que se intenta imponer, por la fuerza, el bien, el amor y la justicia. Eso significa, al menos para mí, que se debe luchar por la utopía, a sabiendas de que jamás podremos alcanzarla. ¿Cómo lo dijo el viejo Heráclito? ¿Nuevas aguas fluyen tras las aguas? Animal de silencios y deseos, el hombre sabe que su esperanza es sustituida por nuevas esperanzas, que nuevas utopías nacen en donde estaban las topías, caducas ya.

Pero algo más todavía deseo rescatar del pensamiento crítico de Gómez Robledo. Dijo: en filosofía en general y en los estudios clásicos en particular, los mexicanos “apenas si estamos hoy, y con mucho optimismo, en nuestra etapa presocrática”. Y, en otro lugar, estableció que

aún no disponíamos siquiera de un investigador de la talla de Werner Jaeger. Lamentaba el desprecio en el que tenemos a los estudios de las lenguas clásicas y, en especial, de la filosofía. ¿Qué hay de válido en ese reclamo? A mi juicio, todo un programa de acción educativa.

La filosofía actual, si quiere avanzar con pasos firmes en el milenio que se aproxima, ha de apoyarse en dos herramientas, creo, de primer orden: la lingüística y el psicoanálisis. En el curso del siglo anterior y en el que culminará muy pronto, la filología clásica sentó criterios hermenéuticos que consideró por completo seguros. Hizo una especie de tabla de equivalencias y se dio por satisfecha traduciendo unas palabras por otras. Hoy, en cambio, se ha puesto en duda todo. Acudo al ejemplo, sintomático, de la voz *alétheia* (se traduce, de acuerdo con la filología clásica, puesto que ese sentido tiene la voz en Platón, Aristóteles y la filosofía posterior, como *verdad*). Pero no era éste el sentido de la palabra al nacer, en la Grecia arcaica, según lo que la investigación actual pone en relieve. Esa palabra la usan Homero y Hesíodo para indicar aquello que se opone a *Lethé*, 'olvido'. La voz se compone de alfa privativa y *Lethé*: su significado original era, tal vez, el 'no-olvido'. En el caso de la lengua griega, el diccionario de Pierre Chantraine penetra en la historia de las palabras.

Por lo que toca a la lengua latina, el diccionario de Ernout y Meillet busca, en la raíz, el sentido original (por ello, nuevo) de las palabras que habían perdido su aroma. Si los estudios de la cultura helénica se limitaban, en lo esencial, a escudriñar en el pañuelo leve del tiempo y el espacio que fue la Atenas de Pericles (medio siglo escaso, en una porción mínima de territorio), hoy la investigación va hacia atrás y hacia adelante. Hacia atrás, hacia la Grecia arcaica, apoyada en la antropología y la arqueología, lo mismo que en una comparación lingüística fina. Hacia adelante, a la época helenística, antes objeto de desprecio.

Los estudios lingüísticos modernos han puesto en relieve un cúmulo de matices y han mostrado las sutiles diferencias que están implícitas en muchos términos que, en apariencia, son por completo idénticos entre sí. El estudio de las mentalidades nos ha abierto un hondo cami-

no, además. La base para entender esas diferencias está en la investigación lingüística. Ahora podemos advertir la diferencia grande entre los estudios de los helenistas, según las tradiciones de sus respectivas naciones: los ingleses se preocupan por la precisión del término, por la forma y la gramática; los franceses se acercan a Grecia a través de Roma, examinan historia y arqueología; a su vez, los alemanes hacen un culto de la Hélade. Benveniste, Chantraine, Festugière, Vernant, Georg Thomson, Vidal-Naquet, Wilamowitz-Moellendorff, Jaeger, Guthrie, Bowra, Murray, Finley: decenas, si no centenares de estudiosos. Junto a los clásicos, los investigadores que van más allá de los maestros. Jean Bollack ha dicho, en fecha reciente, por eso, no sin razón: “La mayor parte de los lectores ignora que lee a Marulo en Lucrecio, a Usener en Epicuro, a Diels en Heráclito”; en todo autor clásico se halla otro, moderno. Insisto, la actual investigación se colma de matices y sutilezas. Estamos lejos ya de aquellas apreciaciones bárbaras, por ingenuas; en todas partes reina la duda; toda traducción es interpretación, válida como cualquier otra, pues denuncia a la voz del moderno tras las palabras del antiguo. En el texto canónico, se descubre la figura proteiforme de los intérpretes de otras épocas. Hemos aprendido a desconfiar de nosotros mismos. En el texto nahua, ¿se puede descubrir a Olmos y a Sahagún, a Garibay y a León-Portilla, bajo el manuscrito antiguo?

Cabe preguntar en dónde se hallan los estudios humanísticos en México. Al igual que en su tiempo lo planteó José Martí, ¿hemos de estudiar sólo a “nuestra Grecia”, en vez de “la Grecia que no es nuestra”? Creo, por el contrario, que hoy vivimos bajo el signo de la inclusión y no de la exclusión. Las historias de la literatura nacional (de modo deliberado utilizo ese término, caro a nuestros liberales y educadores) apenas si se ocuparon de las literaturas amerindias. El tronco fuerte de la lengua española fue el único objeto de su estudio y, por lo tanto, la historia se iniciaba con la implantación y posterior desarrollo del español en México. Los poetas mesoamericanos, cuya mentalidad en muchos sentidos les era ajena, no entraba en el orden de preocupaciones de un Carlos González Peña o un Julio Jiménez Rueda. Nuestro Alfonso Reyes lamenta, en su *Visión de Anáhuac*, la “pérdida irremedia-

ble de la poesía indígena mexicana”. Pero, ¿es así? No, no lo es. Escrita en su exilio de Madrid, en 1915, *Visión de Anáhuac* tiene el valor de un testimonio. Después, se ha integrado al imaginario de nuestro país la poesía mesoamericana clásica (no sólo la náhuatl), gracias a los trabajos ejemplares de sabios como Ángel María Garibay y Miguel León-Portilla, que sentaron, sobre la base lingüística más sólida, el renacimiento de los estudios de las lenguas y las culturas de Mesoamérica. Hoy, se puede decir así, las altas culturas mesoamericanas forman parte de nuestra cultura. Nos reconocemos como un pueblo que se integra por múltiples voces y variadas lenguas: somos la unidad de lo diverso. Si antes, el Otro era enemigo; hoy, por el contrario, ese Otro, que había sido motivo de anatema, es parte integral de nuestra visión del mundo.

Es cierto que la cultura mesoamericana, al contrario de lo que decía José Martí, se injerta en el gran tronco de la cultura occidental (que es la nuestra, tanto como los mexicanos somos occidentales del Extremo Occidente). No es menos cierto, sin embargo, que hemos ya aprendido a considerar por completo nuestra la cultura de los pueblos amerindios. Lo prueba la primera *Historia de la literatura mexicana* que se abre examinando ya las literaturas amerindias (de nahuas a mayas y otomíes), por el impulso de la lingüista mexicana Beatriz Garza Cuarón y el historiador francés Georges Baudot.

He aquí un signo de profunda desconfianza que, pese a todo, se ha podido traducir ya en un hecho positivo. Hemos aprendido a respetar y tolerar; aún más, lo diré de modo más fuerte, a asimilar y hacer nuestro lo que antes era visto como ajeno, extraño, extranjero, enemigo. Lejos de quemar los códices y derruir los teocallis, huellas del demonio, los reconstruimos y los hacemos objeto de culto (como piezas de arte o como rasgos de arqueología e historia).

En este siglo de honda desconfianza surge el psicoanálisis, el revés del espejo, la falla del lenguaje, la aspereza de la palabra, todo lo no dicho en lo que está escrito, lo dicho a pesar de que no quería ser dicho. La trama de la tela humana (es decir, la urdimbre infinita de las palabras) se complica. Nadie puede suponer que ha sido ya escrita la última palabra a propósito de un texto: cambiamos, tal vez nos enri-

quecemos y, al hacerlo, escribimos un nuevo texto sobre el texto, hallamos un nuevo sentido en el viejo texto canónico. Como nuestros antepasados mesoamericanos, construimos sobre la vieja pirámide otra nueva y cada generación se une a las anteriores por el hilo intangible del lenguaje.

En su discurso de ingreso a la Academia Mexicana, el poeta enorme que fue José Gorostiza dijo que sentía “como una enorme pérdida para la poesía” el hecho de que viviéramos “bajo el imperio de la lírica”; que “el caso de la construcción en grande, como en los vastos poemas de otros tiempos”, no se planteaba ya, es decir, que la poesía había cedido terrenos a la prosa. Yo, en cambio, pese a mi reverencia por el maestro, debo decir que entiendo la pérdida como ganancia. La poesía moderna ha ganado, gracias a esta pérdida, en elevación y sentido y se ha concentrado en ella misma.

Hoy, la poesía, a pesar de que surge de un instante súbito de eso extraño que se llama inspiración (como lo reconocía Gorostiza), puede cebar su llama en aspectos estrictamente literarios. Si el siglo XIX fue considerado el siglo de la novela; si luego se pensó que la radio, el cine, la televisión, la computadora o el internet acabarían con la literatura y con la poesía, hoy vemos, por el contrario, que le han otorgado un amplio campo para que ejerza su libertad. La lírica es la esencia de la poesía moderna, es cierto; eso quiere decir que la poesía moderna ya nace libre de sus ataduras al relato. Más pura, acaso, por esta misma razón. ¿Podemos dejar de reconocer que los más bellos poemas de que hoy disfrutamos nacieron en estos siglos oscuros en los que mucha gente supuso que reinaban sólo el relato y la novela? Valéry, Neruda, Saint-John Perse, Eliot, Claudel, Vallejo, Paz son contemporáneos del imperio de la prosa y el cine, la radio y la televisión, el internet y la computadora.

Quiero decir que mi concepto de evolución es incluyente. Se cree que la evolución procece por destrucción y sustituciones; o sea, que la especie nueva hace que desaparezca la antigua; que el hacha de hierro arroja al museo el hacha de bronce. Creo que la evolución procede por medio de asimilaciones paulatinas; todas las especies vegetales y animales que hoy nos acompañan, fueron domesticadas por los hombres

de la Edad Mítica. El perro y el caballo, el trigo y el maíz, el bronce y el hierro: herencia de culturas que creyeron en la magia y en el mito. Así la escritura, la matemática, la filosofía o la poesía; nacidas en épocas arcaicas, cambian y no nos abandonan.

“El estilo es el hombre mismo”, dijo al ingresar a la Academia el más grande naturalista de su siglo, Georg-Louis Leclerc, conde de Buffon. El antiguo escriba se inclinaba sobre una piedra dura, en la que tallaba los signos cuneiformes; el tlamatine dibujaba sobre la piel del ciervo el jeroglífico; el hombre medieval trazaba letras de tinta azul con una pluma de ganso en el papel de trapo, y nosotros, ¿de qué manera escribimos? ¿Con una pluma sobre el papel? ¿Con la luz y la sombra, en la pantalla de la computadora? Si el estilo es el hombre, al invertir la sentencia reconocemos que el hombre es el estilo, es decir, el punzón con el que se hacen incisiones en la cera. Somos el estilo, el grafo, la pluma, la piedra que talla la otra piedra, luz que brota de la pantalla moderna. Recogemos toda la historia acumulada, de la misma manera que en nuestro cuerpo están a un tiempo el mineral y el vegetal, el protón y la célula, la química y la historia, la biología y la palabra. ¿Trazos de sangre, borrosos o nítidos? ¿Sólo una ola en el mar del tiempo? ¿Literatura oral? ¿Por qué el contrasentido? La literatura es signo, palabra escrita, sema, grafema, *gramma*, letra sobre la superficie de luz, de piedra o de papel. La palabra griega que significa letra nos indica el camino: está grabada en el cuerpo y el papel. El *grapho*, el instrumento, como lo dijo Buffon; el estilo, el punzón que entra en la tablilla rasa de cera. *Grapho* y *gramma*, la misma raíz, punzón que se incrusta en la cera, estilo, quiero decir, no sólo forma, sino instrumento que deja su huella, letra. Somos letra, escritura, herramienta que escribe.

Está aquí, desde luego, la poesía, aquella “samaritana luz en el sendero”, según dijo Enrique González Martínez. En todo caso, la palabra, quiero decir, voces, semejanzas, lo que es más hondamente hermoso para el humano oído. Esto significa que el verdadero poeta trabaja, al igual que el filósofo que soñaba ser Baruch de Spinoza, bajo cierta especie de eternidad. Escribimos para otro, es cierto, pero, ¿quién es el

otro para el que escribimos? ¿Nosotros mismos? ¿“Yo es otro”, como dijo con violencia sintáctica Rimbaud? Salta el problema del Otro, asunto verbal y, al propio tiempo, político.

“Toda palabra, lo sepamos o no, está dirigida a alguien”, dijo Maurice Merleau-Ponty. Por su parte, añadió Jacques Lacan, “toda palabra llama a una respuesta” y “no hay palabra sin respuesta”. El hombre es animal que habla, el *parlente*: animal simbólico, extraño al mundo de las cosas y, por lo tanto, en una relación compleja con éstas y con los demás. Nuestra palabra no va sólo dirigida a la cosa, sino que se dirige también a los hombres. El extranjero está siempre en la encrucijada: Edipo, antes de ser tirano, obligado a elegir. Aquí nace la pasión más aguda del poeta, la pasión del significante.

Entre Ludwig Wittgenstein y Martin Heidegger, oscilantes de la misma manera que una llama en la noche; entre el análisis lógico del lenguaje y la hermenéutica; entre la precisión de los signos y la ampliación de su sentido; entre la reducción a lo claro y lo distinto y “los jeroglíficos de la histeria” (y de la historia). En el cuerpo están “los blasones de la fobia, los laberintos de la neurosis, los oráculos de la angustia, las armas del carácter, los sellos del autocastigo, los disfraces de la perversión”. ¿Eso es la palabra? ¿Ésta, la función de la palabra? Imagen, símbolo, ¿también cáscara y ruido? La palabra dice, señala, pero también oculta y hasta en aquello que oculta, la palabra revela; un sentido latente en el reclamo. Toda palabra llama a su respuesta; en el discurso más frío hay un grito de angustia.

Aquí está, como dije, el problema del Otro, acaso el problema más agudo para todo animal que habla. El Otro, ¿quién es? El Otro, ¿es mi enemigo? El Otro, ¿habita adentro de mí mismo? El Otro, ¿el diferente? Sí, desde luego, el diferente; si no lo fuera, ¿cómo podría dialogar e intercambiar razones con él? Cuando me interrogo y me hablo, en las vastas soledades nocturnas, ¿a quién le hablo? El Otro habita en mí, se llama el Inconsciente, dijo Freud. El Inconsciente, según Lacan, es el discurso del Otro. En sentido histórico universal, Tzvetan Todorov mostró que el Otro era el hombre que habitaba en las Indias Occidentales. He ahí la contribución de la conquista y el descubrimiento de América, el

encuentro de dos mundos por el que Colón abrió el planeta entero a nuestra conciencia.

Hace un momento puse en relieve el hecho de que Vitoria se irguió frente al poder temporal y levantó la primacía de la razón. No se doblegó ante el emperador, sino que exigió un reino de justicia. La mejor gente se ha afirmado en sí misma y preferido la muerte: ejemplo extremo, Sócrates. Aquí se produce el hecho decisivo: ante la masa, la Gran Bestia, la democracia ateniense, Sócrates pone en alto su conciencia crítica, su independencia intelectual; la persona bella y moral. Pudo equivocarse, no importa; exigió el cumplimiento de la ley. La independencia de criterio no se levanta sólo ante el poder del Estado, sino ante todo poder, el de la masa incluido. Hoy ese poder asume otra forma; la sociedad civil, el cuerpo ciudadano, los medios masivos de comunicación. Pero nada ni nadie pueden superar el hecho de que cada quien debe aprender a juzgar por sí mismo, desde la atalaya de su conciencia. Sé que es difícil; que lo más difícil es, acaso, superar las vanidades de la gloria afímera, que ahora se expresan como alabanzas de los medios de comunicación. Me puedo equivocar, pero habré de rectificar mi error. ¿Qué quiero decir? Que es imprescindible aprender a escucharnos y a soportar, por encima de todo, al diferente. Tener el valor de decir que no y no sólo ante el poderoso, también ante el otro poder, acaso más fuerte aún: el que genera la imagen de sí mismo ante los medios masivos de comunicación, esa gloria de un día.

Ser independiente significa el poder de ser libre; la capacidad suprema de saber decir que no. Negatividad pura, la pura nada que es el hombre, el ser inerte que introduce la nada en el mundo. La intolerancia se puede disfrazar de bien. Quiero recordar que nadie podrá recordar, con el tiempo, las miserias actuales; que la política es sierva del día, a menos que sirva para edificar la justicia.

Nunca el filósofo podrá ser hombre de gobierno. El político es, como el estratega militar, alguien que toma decisiones súbitas, que llevan a los hombres y a las naciones a la muerte (o a la vida). El filósofo, en cambio, duda; al igual que el hombre de ciencia, levanta hipótesis, contrasta teorías. Si cree que ha resuelto un problema, la realidad cam-

bia y lo rebasa. No hago violencia radical entre hombre de ciencia y hombre de acción; el político es, a su vez, hombre que piensa. Pero está sometido al imperio de lo inmediato.

Quisiera que en México se impusiera, por encima de todo, la razón, digo, el diálogo incluyente, diálogo tolerante entre diferentes. He ahí la función última del Estado y la ley: conducir a los hombres hacia la muerte y evitar la locura. Por esta causa, urge llamar a la razón, como si todos fuéramos filósofos o poetas que trabajan con la vista puesta en la eternidad. Aclaro, la eternidad humana, única de que tenemos noticia, es pasajera y, ya lo sabía aquel gran poeta, William Blake, “está enamorada de las obras del tiempo”. Hagamos por eso que las obras de nuestro tiempo sean bellas y fugaces, para que en ellas se deleite la eternidad, enferma humana que contagia.

RESPUESTA AL DISCURSO ANTERIOR

JOSÉ G. MORENO DE ALBA

Aunque no faltan pensadores que niegan que exista una estrecha relación entre la filosofía y la poesía, son muchos los que opinan precisamente lo contrario. Un académico de esta casa, Ramón Xirau, ha estudiado este asunto con gran profundidad. En uno de sus libros, *Poesía y conocimiento*, se hace las siguientes preguntas:

¿Qué puede haber de más distante que el decir del poeta —emotivo, exaltado, inspirado— del decir del filósofo —racional, exacto, preciso—? ¿Cómo poder siquiera pensar que el filósofo, hombre de ideas que se pretenden claras y distintas o, por lo menos, hombre que utiliza conceptos, se asemeja en algo al poeta, hombre de imágenes, ritmos, cantos?

Él mismo se responde, empleando para ello algunas ideas de Baumgarten, en cierta medida maestro de Kant, que nos hacen ver que la poesía es hermana de la filosofía, que filosofía y poesía no son, por lo menos, antitéticas. En efecto, añade Xirau: “El filósofo cuyo pensamiento es conceptual procede también mediante imágenes; el poeta, imaginativo, no deja de emplear conceptos. En este preciso sentido tan filosófica es la *Divina comedia* como lo es esta cascada de argumentos ‘eróticos’ que es el *Fedro* de Platón”.

Hoy ingresan en esta Academia Mexicana, en una sola persona, un alto poeta y un respetado filósofo: Jaime Labastida. Estudió filosofía en la UNAM, donde obtuvo el título de licenciado en esa disciplina con una importante tesis (1968) que llevó el título siguiente: *La manufactura y su reflejo en la filosofía de Descartes*. Tan brillante fue ese ensayo y tan bien defendido por Jaime Labastida, que el tribunal —formado por Elí de Gortari, Luis Villoro y Adolfo Sánchez Vázquez— recomen-

dó vivamente que se publicara la obra, lo que sucedió, debidamente revisada, poco tiempo después (1969), en la editorial Siglo XXI, benemérita empresa que, varios años después, tendría el encargo de dirigir el propio Labastida, como lo ha venido haciendo con gran éxito hasta hoy. Ese texto —publicado con otro título: *Producción, ciencia y sociedad: de Descartes a Marx*— viene a ser, en opinión de los expertos, uno de los pocos intentos de aplicación del llamado método materialista dialéctico a un filósofo determinado, para esclarecer el difícil problema de las fuentes sociales que alimentan la concepción mecanicista del mundo.

En 1988 ve la luz otro importante libro de Jaime Labastida: *Marx hoy* (México, Grijalbo). Es una excelente antología de artículos suyos en torno de ese trascendente pensador. Podría resultar muy interesante que reseñara aquí el contenido de al menos algunos textos. No hay empero tiempo para ello. Sin embargo no quiero dejar de transcribir la breve *Advertencia* del autor, porque me parece que, en alguna medida, resume su actitud moral e intelectual ante el marxismo:

En este libro se recogen ensayos de diversa densidad teórica, unidos todos, sin embargo, por el común denominador que el título indica. El primero de ellos fue escrito hace más de veinte años; el último, apenas ayer. Pese a que en algunos aspectos mis ideas han cambiado (se han afinado, precisado, matizado, nunca contradicho), no he alterado, sino por razones de estilo, los textos, y eso en proporciones escasas.

En un discurso ordenado, me tocaría ahora hablar del Labastida poeta; sin embargo es preciso que haga un breve paréntesis, para no dejar de decir algo sobre su actividad en el terreno del periodismo. El flamante académico es parte de ese grupo de intelectuales mexicanos que, desde el nacimiento de México como país independiente, han venido viendo en la prensa un excelente medio para cumplir los que, en conciencia, consideran sus deberes de reflexión y opinión sobre todo de carácter cultural y político. Hace muchos años que su columna *Magacén*, en la página editorial del *Excélsior*, nos es ya familiar. Sin contar con otras colaboraciones, también sistemáticas, en otras publicaciones pe-

riódicas, no son menos de 800 los artículos que, predominantemente con temas culturales, han venido apareciendo, siempre en el mismo lugar: arriba, a la izquierda de la página 7 de ese importante diario mexicano. Me interesa destacar que, en el caso particular de Jaime Labastida, se produce una rara coherencia entre su teoría filosófica, su actividad periodística y sus compromisos sociales. Podemos no estar siempre de acuerdo con sus puntos de vista; lo contrario no sería en verdad normal. ¿Quién podrá empero negarle el enorme mérito de emplear su pluma atendiendo siempre, sobre cualquier otra razón u objeto, a sus propias acendradas convicciones? La brillante y, sobre todo, comprometida labor de Jaime Labastida —ante todo consigo mismo, como ya dije— como editorialista cultural y político ha sido reconocida al grado de que el Gobierno de la República le otorgó, en 1992, el Premio Nacional de Periodismo.

Labastida es también un ensayista sobresaliente. Me refiero ahora no ya a sus notas periodísticas —excelentes, por otra parte— sino a ensayos de corte académico, publicados en revistas más o menos especializadas. En 1996 vio la luz un libro suyo en verdad importante: *La palabra enemiga*. En más de 400 luminosas páginas se reproducen algunos de sus más importantes ensayos de historia y crítica literaria, publicados en un periodo de más de 30 años: 14 tratan sobre la poesía, y 18 sobre la prosa. Se transcribe también el texto de tres entrevistas en las que aclara interesantes aspectos de su biografía. Cierra el volumen un apéndice en que se reproduce la breve pero intensa —y ciertamente polémica— correspondencia que el poeta sostuvo en 1993 con Octavio Paz, en la que queda de manifiesto la enorme estatura moral de estos dos hombres de letras. Debo entresacar al menos la siguiente elegante opinión de Paz sobre Labastida: “En el pasado nos separaron opuestas actitudes, ideas y creencias políticas. Esos desacuerdos, a veces violentos, nunca nublaron enteramente mi juicio: le debo el raro placer de estimar intelectualmente a un adversario”.

Y también unas frases de la respuesta de Jaime: “La carta me ha conmovido no sólo por la belleza de su escritura, carácter que comparte con todos sus escritos, sino por la altura moral desde la que está

redactada. Me demuestra que usted sigue vivo, consciente, actuante”. Todos sabemos que los poemas iniciales de Jaime Labastida aparecieron en un libro colectivo, *La espiga amotinada* (1960), en el se dieron a conocer, además de él, otros cuatro poetas —Jaime Augusto Shelley, Juan Bañuelos, Óscar Oliva y Eraclio Zepeda— que constituyen hoy un grupo que quizá puede verse ya como legendario. A esa colaboración, por varios conceptos memorable, titulada *El descenso*, siguieron siete libros cuyos títulos es conveniente recordar: *La feroz alegría* (1965), *A la intemperie* (1970), *Obsesiones con un tema obligado* (1975), *De las cuatro estaciones* (1981), *Plenitud del tiempo* (1986), *Dominio de la tarde* (1991). El séptimo, que debe comentarse aparte, es nada menos que su obra total, los seis libros mencionados reunidos en una reciente, bella edición del Fondo de Cultura Económica, que lleva el nombre de *Animal de silencios* (1996). Esta obra, juntamente con el libro de ensayos *La palabra enemiga*, que acabo de citar, le valieron el premio Xavier Villaurrutia 1996. En la primera página de aquella suma poética explica el autor la razón del título:

El hombre es animal de silencios y la poesía nace del silencio. Silencio significa, en su origen, abstención de hablar. Con la palabra, el hombre rompió el silencio de la tierra. Sólo el hombre es, pues, animal de silencios porque habla y se expresa, antes que nada, en palabras. Desde la época imperial latina se llama silentes a los muertos y en la lengua rústica se dice de la luna, cuando declina y se vuelve invisible, que es silente o silenciosa. El silencio significa, para mí, entrar en lo más profundo de la existencia, ahí donde se funden la vida y la muerte. Es lo que he querido dar a entender con el título de este libro.

En efecto, en casi todos sus poemas se percibe —muy fácilmente, además, si los leemos con callado recogimiento, con ánimo receptivo— que no son otra cosa sino precisamente finos productos de esa silenciosa, profunda reflexión sobre la existencia humana, sobre la vida, ciertamente, pero ante todo sobre la vida amorosa, y, naturalmente, sobre la muerte, esa otra inevitable cara de la vida. ¡Qué fácil sería para mí traer aquí a colación algún puñado de citas eruditas de los numerosos críti-

cos literarios que han elogiado la poesía de Jaime Labastida! Prefiero sin embargo, de forma por demás sucinta, transmitir con honrada sencillez, mis impresiones de ingenuo, sí, pero al menos constante lector de poesía. Me limito, entonces, a señalar unos cuantos rasgos evidentes.

El primero consiste en que, quizá por su frecuente reflexión filosófica, en no pocos de sus poemas está presente un discurso de base elaboradamente conceptual. De su primer libro (*El descenso*) es este fragmento, sobre un pueblo, que bien podemos ser todos nosotros:

Así como el dolor llegó, también se va.
 Amanece la risa sobre este pueblo de alfareros,
 como dioses sentados en la tierra.
 La hormiga roba el grano a los avaros designios.
 Arrullo de placeres; canto gutural y ritmo agónico
 en el filial misterio de la noche;
 la flauta, como vasto silencio conjurado;
 las plumas ancestrales, los dioses de ondulantes espigas;
 la pirámide, puerta del asombro, reverencia al enigma,
 al nudo pétreo del misterio; y el juego pirotécnico,
 carrizo en luz que desprecia cabezas y abate vírgenes tinieblas.
 Las puertas giran sobre goznes ancianos en el muro pálido del aire,
 y este pueblo se planta semillas en la boca
 porque lleno está su pulmón de blancos vientos.

También aparecen, dispersas en sus libros de poesía, sus permanentes preocupaciones de naturaleza social. Lo notable es que su texto, aun en esos casos, jamás deja de ser, sobre todo, poesía, buena poesía. Podría leerles muchos ejemplos. Básteme el siguiente fragmento de su poema "Víctimas recientes", perteneciente al libro *De las cuatro estaciones*:

El lento campesino que pide
 de comer, de casa en casa.
 El obrero que clama por trabajo.
 El padre inútil, que vende a sus tres
 hijos por platos de maíz. El cantante
 en la estación agónica del Metro.
 Triturados. Masticados por la ciudad.

Escupidos como limones secos.
 Desechados en un tiesto de estiércol.
 La industria pide brazos
 y el campo le concede
 si no sus frutos ácidos,
 sí trabajos recientes,
 la paloma propiciatoria en cuyos dentros
 el profeta de hoy desentraña el viejo oráculo:
 las víctimas serán mañana los verdugos.

Cuando se refiere, como todo poeta, al amor —aunque tengo la impresión de que no son los poemas amorios los más abundantes en su obra— Jaime Labastida adopta casi siempre un tono peculiar en que el vigor estilístico es particularmente perceptible como una equilibrada composición de violencia y ternura. El último verso del poema 9 de su libro *A la intemperie* podría ser un buen ejemplo de ello:

Y esto es lo que pasa.
 Busco la libertad, la vida,
 ésta, donde devoro,
con sombra hasta los codos,
magra ración de pan y paraíso,
 donde te amo, mujer,
 cielo desplomado que refleja
 una sonata negra en sus cabellos;
 donde mis manos son
 las de esa multitud que disloca
 las vértebras del cráneo
 al cenizontle enemigo
 para que al fin te bese
 sin que un dedo de espanto
 se interponga y seamos
 ebrios cuerpos de anís,
 uno en el otro descubiertos
 y en el mundo que zozobra
 y se edifica, anclados.

No tengo ya tiempo para hablar con cierta prolijidad, como me gustaría, del espléndido discurso que acabamos de oír. No quiero em-

pero dejar de mencionar algunas de sus importantes aportaciones. Del texto de un poeta filósofo y de un filósofo poeta no puede esperarse menos que una profunda reflexión sobre las íntimas relaciones que hay, no siempre evidentes, entre la filosofía y la poesía, particularmente la poesía lírica: “El verdadero poeta trabaja —nos acaba de recordar Jaime Labastida— al igual que el filósofo [...] bajo una cierta especie de eternidad”. En su discurso, además, el nuevo académico nos recordó que hay otras disciplinas, además de la filosofía, que nos permiten apreciar mejor la poesía: el psicoanálisis y —sobre todo— la lingüística. Me alegra sobremanera que sea precisamente un filósofo poeta quien reconozca que la poesía, antes que otra cosa es lengua, es manifestación —altísima, ciertamente— de la lengua y que, por ende, su estudio y análisis compete, no podía ser de otra manera, a la lingüística, a la poética lingüística, si se quiere.

La mejor manera de responder al discurso de ingreso de Jaime Labastida —puesto que estas mal hilvanadas palabras pretenden ser, según reza el protocolo, una respuesta al discurso del nuevo académico— es simplemente darle al poeta filósofo, al filósofo poeta, en nombre de todos mis compañeros, la bienvenida a esta Academia Mexicana diciéndole, como bien decimos los mexicanos: adelante, Jaime, ésta es tu casa.

LA FILOSOFÍA Y EL LENGUAJE EN LA HISTORIA *

MAURICIO BEUCHOT

INTRODUCCIÓN

Es costumbre aludir en el discurso de ingreso al ilustre antecesor en el sillón que se viene a ocupar. Mi antecesor fue el doctor Fernando Salmerón, a quien profesé un profundo respeto y un afecto entrañable durante muchos años. El hacer su elogio no sólo me brinda la ocasión de expresar el afecto que sentí hacia él, sino que al mismo tiempo me servirá para justificar el tema que pretendo abordar, a saber, el de las relaciones de la filosofía y el lenguaje a lo largo de la historia.

ENCOMIO DEL DOCTOR FERNANDO SALMERÓN ROIZ

Mi antecesor en esta silla, el doctor Fernando Salmerón, era originario de Córdoba, Veracruz, donde nació, en 1925. Estudió la carrera de derecho en la Universidad Veracruzana (UV), y después cursó la de filosofía en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Hizo además estudios filosóficos en la Universidad Albert Ludwig de Friburgo de Brisgovia, Alemania. Llevó a cabo tanto su tesis de maestría como la de doctorado con José Gaos, gozando de una beca del Colegio de México (Colmex). La de maestría fue sobre *Las mocedades de Ortega y Gasset* y la de doctorado sobre *La doctrina del ser ideal en tres filósofos contemporáneos: Husserl, Hartmann y Heidegger*.

Tuvo muchos méritos académicos y administrativos. Fue fundador y primer director de la Facultad de Filosofía y Letras en la UV (1956).

* Leído en la sesión pública efectuada el 21 de mayo de 1998.

Fue rector de esa universidad (1961-1963). En 1965 fue director de Enseñanza Superior e Investigación Científica de la Secretaría de Educación Pública. Fue, asimismo, director del Instituto de Investigaciones Filosóficas de 1966 a 1978. Fue rector de la Universidad Autónoma Metropolitana, unidad Iztapalapa, de 1978 a 1979, y luego rector general de 1979 a 1981. Fue miembro de la Junta de Gobierno de la UNAM de 1983 a 1995.

Perteneció a El Colegio Nacional desde 1972. Fue miembro de la Junta de Gobierno del Colmex desde 1986. El Consejo Universitario de la UNAM lo designó investigador emérito del Instituto de Investigaciones Filosóficas en 1993, y también fue investigador emérito del Sistema Nacional de Investigadores en 1995. En 1994 ingresó a la Academia Mexicana, correspondiente de la Real Academia Española. Formó parte del Institut International Philosophie, de París; de la Asociación de Hispanismo Filosófico, de Madrid; fue además miembro del Comité Ejecutivo de la Sociedad Interamericana de Filosofía. En 1993 fue Premio Universidad Nacional para el área de Investigación en Humanidades, y ese mismo año recibió el Premio Nacional de Ciencias y Artes en el campo de Historia, Ciencias Sociales y Filosofía. Falleció el 29 de mayo de 1997 en esta ciudad.

Las obras principales del doctor Salmerón son las siguientes: *Las mocedades de Ortega y Gasset* (México, Colmex, 1959; 2a. ed., UNAM, 1971; 3a. ed., 1983; 4a. ed., 1993); *Cuestiones educativas y páginas sobre México* (Xalapa, UV, 1962; 2a. ed., 1980); *La filosofía y las actitudes morales* (México, Siglo XXI, 1971; 2a. ed., 1978; 3a. ed., 1986; 4a. ed., 1991); *Ensayos filosóficos* (México, SEP, 1988); *Enseñanza y filosofía* (México, FCE / El Colegio Nacional, 1991); *Los estudios cervantinos de José Gaos* (México, El Colegio Nacional, 1994). A esto hay que añadir antologías, artículos, capítulos de libros, reseñas y el hecho de que fue el gran editor de las obras de su querido maestro, José Gaos.

Fue el doctor Salmerón uno de los que más promovieron en México la filosofía del lenguaje, pues impulsó de manera muy decidida la filosofía analítica, llamada así por estar precisamente muy centrada en el análisis del lenguaje, a la hora de abordar los problemas filosóficos.

Esto lo hizo el doctor Salmerón cuando fue director del Instituto de Investigaciones Filosóficas de la UNAM, de 1966 a 1978. Don Fernando se integró a la disciplina del método del análisis filosófico y lo promovió decididamente en el instituto. Alentó las investigaciones que allí desarrollaban varios jóvenes que habían sido becados en Oxford, y de la fenomenología se pasó a la filosofía analítica. El estudio del lenguaje estaba omnipresente, y se abordaban desde él los otros arduos problemas del espectro filosófico.

El doctor Fernando Salmerón utilizó sobre todo el análisis filosófico del lenguaje para aplicarlo a problemas de ética o filosofía moral. Tal se ve en su libro *La filosofía y las actitudes morales*, de 1971; y en sus artículos “La ética y el lenguaje de la moralidad” (en *La Casa del Tiempo*, UAM, 1980) y “Cultura y lenguaje” (en *Arbor*, Madrid, 1987). Allí utilizaba acercamientos éticos a filósofos analíticos tales como William Hart, Ronald Dworkin y Richard Hare. Asimismo, Salmerón analiza el lenguaje de la moralidad para desentrañar sus significados a través de sus usos, y de esta manera poder hablar de su normatividad. Y, además, estudia el lenguaje como la parte más importante tal vez de la cultura, lo más constitutivo de ella y, por lo mismo, del hombre.

Así, él permitió que muchos de los que estuvimos en dicho instituto nos dedicáramos a ese cultivo del análisis lógico-filosófico del lenguaje. Cuando yo entré al instituto, en 1979, lo sucedía en la dirección el doctor Enrique Villanueva, el cual promovió mucho esa perspectiva filosófica, pero ya estaba abierta la puerta a la filosofía del lenguaje, por obra del carácter que le imprimió don Fernando al instituto.

Precisamente a mí se me pidió que me dedicara a la historia de la filosofía del lenguaje, desde los griegos hasta la actualidad; pero lo hice sobre todo en los medievales, los analíticos y los hermeneutas, que eran aquellos por los que yo sentía mayor interés y predilección. Todo eso me ha movido a hacer un breve recuento de las lecciones recibidas de ese recorrido por la historia de la filosofía del lenguaje, recuento que haré muy someramente y a vuelapluma, pero que deseo que quede como un homenaje a Fernando Salmerón, que inició en el instituto esos menesteres.

HISTORIA DE LA FILOSOFÍA DEL LENGUAJE

Considero la historia de la filosofía del lenguaje como una historia de encuentros y desencuentros entre el lenguaje y el ser, entre la ontología y la semiótica. Hay épocas en las que el lenguaje parece devorar el ser, otras en las que el ser parece oprimir o reventar al lenguaje, y otras más en las que se da entre ellos una convivencia adecuada y rica. Es lo que trataré de hacer ver en el decurso de mi exposición, procurando llevar a la conclusión de que tiene que darse esa convivencia fructífera.

Época antigua

Nuestro estudio del contacto de la filosofía con el lenguaje comienza con los griegos, y esto desde muy temprano. Las ideas de la filosofía griega clásica sobre la naturaleza del lenguaje aparecen ya en los presocráticos, sobre todo entre los sofistas; después se da en las escuelas atenienses más importantes, a saber, las de Platón y de Aristóteles, para rematar con la época helenística, representada por los estoicos. Estos grupos fueron los que más reflexionaron filosóficamente sobre el lenguaje.

Presocráticos

Así, las primeras posturas ante el fenómeno lingüístico se dieron ya entre los presocráticos, sobre todo los sofistas. Después de la aparición, tan fuerte, de la idea del ser en los cosmólogos o primeros ontólogos, el lenguaje obtiene la primacía, y se impone sobre el ser, en la sofística. Ésta reflexiona profundamente sobre la naturaleza del lenguaje, sobre su finalidad y sobre la gramática y la retórica. Protágoras, por ejemplo, fue muy atento a los elementos gramaticales de la oración; y Gorgias de Leontini se refirió con clarividencia a la esencia del lenguaje en su *Elogio de Helena*, diciendo que el lenguaje es tan poderoso, que con una breve palabra, más pequeña que una mosca, esto es, con un “sí” o

un “no”, se pueden construir reinos y desatar guerras.¹ Pero el lenguaje debilitó al ser, por obra del relativismo cultural al que llevó a los sofistas su misma atención.

Escuelas atenienses

Pero casi al mismo tiempo la ontología vuelve por sus fueros, por obra de Platón, quien supedita el lenguaje al ser, y lo pone a su servicio. Por supuesto, fue Platón quien con más brillo se dio a esta reflexión filosófica sobre el lenguaje. Su diálogo *Cratilo* es clásico, y en él se ventilan nada menos que el naturalismo y el convencionalismo lingüísticos, y se trata de llegar a una solución intermedia, pero predomina un cierto naturalismo. Con ello se ve que concede el predominio del ser sobre el lenguaje. Hermógenes, buen representante de los sofistas, sostiene una teoría completamente convencionalista de la lengua: es algo del todo artificial, producto del consenso entre los hombres. En cambio, Cratilo, aun cuando es discípulo de Heráclito, y se esperaría que, como él, sostuviera el flujo incesante de las cosas a las que no las pueden alcanzar sus nombres² sostiene una teoría naturalista del lenguaje. Parece tomar de Heráclito no el devenir, sino el *logos*, que es el que sujeta al fluir de la realidad y está por encima de él. De esta manera, Cratilo cree que los nombres son puestos a las cosas conforme a esa medida, la cual en realidad se da en las ideas subsistentes. Los nombres adecuados de las cosas son los que corresponden a las ideas de éstas. Por eso el que pone los nombres, el *nomotetes* o legislador, tiene que ser un filósofo que, por la dialéctica, esté en contacto con las ideas, y de acuerdo con su contemplación de ellas, ponga los nombres exactos a las cosas.³

A diferencia de su maestro Platón, Aristóteles opta decididamente por el convencionalismo. Pero no significa un rendimiento del ser en

¹ Gorgias, *Encomio de Helena*, 8, en H. Diles y W. Kranz, *Die Fragmente der Vorsokratiker*, Dublin-Zürich, Weidmann, 1966 (12a. ed.), vol. II, pp. 15 ss y 290.

² De hecho, Aristóteles pintaba a Cratilo, tan exagerado, que ya había renunciado a hablar, y solamente señalaba con gestos las cosas, de manera puramente deíctica.

³ Platón, *Cratilo*, 383a-384d, trad. U. Schmidt, México, UNAM, 1988.

aras del lenguaje. Da importancia al lenguaje frente al ser, pero trata de equilibrarlos de manera proporcional, de hacer que convivan alegremente en su sistema filosófico. Es el primero que parece lograr ese equilibrio fecundante. En su obra *Peri hermeneías*, explica que el signo lingüístico significa por convención, no por naturaleza. El término designa arbitrariamente la cosa significada, por más que la designe a través del concepto, el cual sería su significado primario, y luego, a través de él, la realidad aludida. El Estagirita estudia los términos como nombres, verbos y partículas. Los términos son elementos de las oraciones. Éstas pueden ser aseverativas, interrogativas, deprecativas, y de otros tipos. Cuando son aseverativas se llaman *proposiciones*. En ellas se centra el conocimiento de la verdad. Aristóteles estudia las leyes de la verdad que se dan en sus relaciones de oposición (contrariedad, subcontrariedad, contradicción y subalternación) y aborda la difícil cuestión de las proposiciones referidas al futuro.⁴ Su interés por el lenguaje está orientado al estudio del ser, y ambos viven de su equilibrio; la filosofía del lenguaje es camino hacia la ontología o metafísica. Habitan el cosmos en armonía.

Helenismo

Los estoicos tratan de conjuntar a Platón y a Aristóteles, pero dan cierto predominio al primero. Por eso el ser vuelve a predominar sobre el lenguaje. Apoyados en la ontología, estoicos como Crisipo y Filón idearon para el lenguaje la interesantísima teoría de los *lektá* o significados como entidades intermedias entre el signo concreto, el pensamiento y la cosa; así, el *lektón* es algo de índole platónica, que es lo que da propiamente la significación a las palabras. Los estoicos produjeron, además, algunas teorías sobre los nombres propios, acercándose mucho a una teoría referencial, según la cual los nombres propios tienen un carácter deíctico

⁴ Aristóteles, *Peri hermeneías*, 1, 16a6-8, ed. L. Minio-Paluello, Oxford, Clarendon Press, 1960.

o indexical, esto es, señalador, de los portadores a los que se refieren.⁵ En el ámbito romano, por ejemplo con Cicerón, se desarrolla la teoría estoica de la retórica. A través de Boecio y de san Agustín, muchas de estas doctrinas pasaron a los medievales, que veremos en seguida.

Época medieval

La exposición de la filosofía del lenguaje en la Edad Media abarca los dos ejes principales de la reflexión sobre el lenguaje, a saber, el lógico y el gramatical, que aquí se entrecruzan. Los lógicos desarrollan la teoría de las propiedades semánticas de los términos, sobre todo la significación y la suposición (lo que ahora llamaríamos sentido y referencia), y los gramáticos o *modistae* desarrollan la teoría de los *modi significandi* o modos de significar.

Patrística

La patrística o época de los Santos Padres estuvo marcada por el platonismo, en forma de ejemplarismo, o la visión de las formas platónicas como ideas ejemplares de las cosas en la mente divina. El ser predomina sobre el lenguaje, a través de la obligación que éste tiene de reflejar las ideas de Dios. Gran exponente de esta tendencia, san Agustín presenta en sus *Confesiones* una teoría del lenguaje que se ha hecho célebre gracias a la crítica que de ella hace Wittgenstein. Es la teoría ostensiva del aprendizaje lingüístico. Según ella, dice san Agustín, recuerda que de niño aprendía a hablar cuando se le señalaba una cosa y se le asociaba la palabra correspondiente. También, en su diálogo *De magistro*, tiene toda una teoría de la utilización de los signos y del lenguaje para el aprendizaje, el cual no puede darse sin ellos.⁶ Lo aplica además al

⁵ Orígenes, *Contra Celsum*, I, 24; A. C. Lloyd, "Grammatic and Metaphysics in the Stoa", en A. A. Long (ed.), *Problems in Stoicism*, Londres, 1971, p. 71.

⁶ San Agustín, *Del maestro*, trad. J. R. Sanabria, México, UIA, 1979, p. 17.

signo sacramental, en el que se vive lo que se representa, y resalta la importancia del lenguaje para la interpretación y la exposición mediante la retórica.

Esplendor de la escolástica

Después de pensadores como Escoto Eriúgena, Hugo de San Víctor y Pedro Abelardo, santo Tomás de Aquino logra hacer una síntesis del legado de los griegos, con elementos platónicos, neoplatónicos, aristotélicos y estoicos. Lo platónico y estoico lo recibe a través de san Agustín y Boecio, y lo aristotélico a través de su estudio del propio Estagirita. También sabe conjuntar los principales hallazgos de la filosofía medieval, como fueron las teorías de la suposición y de los modos de significar.

Al igual que Aristóteles, Tomás trata de concordar el lenguaje y el ser, de modo que ninguno oprima al otro, y busca un equilibrio analógico o proporcional entre ambos. El Aquinate insiste sobre todo en el papel del concepto o verbo interior respecto de la palabra o verbo exterior. Tiene toda una doctrina del *verbum*, inspirada en la teología de la Santísima Trinidad, sobre todo relacionada con el Verbo o Hijo de Dios, que es el que habla en su nombre. Así conecta la teología trinitaria de san Agustín con la semántica conceptualista de Aristóteles, y les da una nueva formulación más acabada.⁷

Decadencia de la escolástica

En la línea de pensadores como Durando de Saint Pourçain, Guillermo de Ockham ha sido visto como el campeón del nominalismo. Pero lo que él sostiene es más bien un conceptualismo antirrealista. Los universales son concepciones de la mente que se expresan en el lenguaje.

⁷ Santo Tomás, *Summa Theologiae*, I, q. 13, a. 1, c.; *De Potentia*, q. 7, a. 6, c.

No les concede fundamento en la realidad, sino sólo los ve como obra del entendimiento. Por eso lo sintieron tan adverso a ellos los realistas, pero nunca llega a posturas verbalistas como las de otros medievales. Fue más bien opuesto a san Buenaventura y a Juan Duns Escoto, otros franciscanos como él, pero de la escuela realista, y se erigió en patrón de los lógicos terministas, centrados en la exploración del lenguaje. También Ockham, al igual que Tomás, resalta mucho la teoría del concepto como signo, pero, a diferencia de él, y a semejanza de Escoto, lo ve más como un signo que como un objeto mediador del conocimiento o *species*. Desecha la suposición simple, del término por la esencia, por parecerle que implica cierto platonismo, y destaca la suposición personal, del término por los individuos, más conforme con su nominalismo.⁸ El nominalismo fue la reivindicación del lenguaje frente al ser, otra vez derrotado y recluso en la cárcel de las palabras, de modo que el conocimiento no podía llegar plenamente a la realidad, sino que se encerraba en el sujeto, lo cual llegó a su culmen en la modernidad.

Época moderna

En el renacentista siglo XVI, destaca la labor de Sánchez de las Brozas y su *Minerva*, libro en el que se expone la idea de una lingüística “cartesiana”, como fue llamada por Chomsky, aunque en verdad fue casi inventada por él, ya que es prácticamente inexistente en Descartes. Poco después, en el siglo XVII, sobresale la *Gramática general y razonada* de Port-Royal, que, justamente por influencia del Brocense, más que de Descartes, inicia la tradición de las “gramáticas universales”. Después, en la modernidad se dan dos corrientes principales, la del racionalismo y la del empirismo.

⁸ G. de Ockham, *Ockham's Theory of Terms. Part I of the «Summa Logicae»*, tr. M. J. Loux, Notre Dame y Londres, University of Notre Dame Press, 1974, p. 198.

Línea empirista

En plena línea empirista, es John Locke quien muestra mejor una auténtica empresa semiótica. Para él el lenguaje es un sistema de representación del conocimiento; su semiótica y su filosofía del lenguaje son conceptualistas: los signos, las palabras, representan primariamente los conceptos. Sólo muy secundariamente se refieren a las cosas. Sirven para el intercambio de ideas, para la comunicación. Tanto las ideas singulares como las ideas generales, obtenidas por abstracción, son el contenido de las expresiones; hay, pues, un fuerte intensionalismo en la semántica de Locke. Su conceptualismo moderado consiste en decir que el significado de los términos generales es el concepto, fundado remotamente en las sustancias reales. Así, el significado no coincide con la esencia real (o modo en que es realmente la cosa), sino con la esencia nominal (o modo ideal de la cosa, abstraído a partir del anterior).⁹

Línea racionalista

En oposición a Locke, escribe Wilhelm Gottfried Leibniz, para quien el lenguaje es más bien un instrumento cognitivo de la realidad (no de lo ideal conceptual, sino de lo real). En esta perspectiva, Leibniz piensa en una lengua universal (adámica) como origen de las lenguas, y por tanto, que lo que ahora parece arbitrario es una relación natural (de *fonestisia*). Y piensa en una lengua universal filosófica como proyecto. Todo ello es acorde con su idea de que hay un orden real, reflejado en el pensamiento y expresado por el lenguaje. Es una especie de retorno a los modistas. Al revés de Locke, Leibniz da más importancia a los términos generales que a los nombres propios. Las palabras generales fueron primero, y se fueron particularizando, tanto en la lengua universal como en el aprendizaje individual. Las generales significan clases o relaciones de similitud entre individuos. Y, ya que lo posible es real y

⁹ J. Locke, *An Essay Concerning Humane Understanding*, Londres, Thomas Basset, 1690, pp. 361-362.

a la inversa, la lengua universal reproduce las posibilidades racionales de la realidad, esto es, la misma estructura de la realidad. La analizan hasta sus elementos más simples, y por sus combinaciones nos hacen conocer todo el universo.¹⁰ Así, los símbolos pueden ser arbitrarios, pero deben ser proporcionales a la realidad. Tal proporción es el fundamento de su verdad. Con ello me parece Leibniz otro pensador que, al igual que Aristóteles y Tomás, logró efectuar el equilibrio acordado entre el lenguaje y el ser, entre la semiótica y la ontología.

Otras búsquedas

El mismo Leibniz inspiraba su rastreo del lenguaje perfecto en la empresa de un franciscano medieval, Raymundo Lulio o Ramón Llull. Pero hubo otros proyectos de lenguas universales, entre ellos fueron célebres los de Kircher, Dalgarno y Wilkins. Galileo vio que la realidad es matemática, y de ello Hobbes extrajo que el lenguaje es un cálculo que la refleja.¹¹ Pero todos ellos fueron ensayos infructuosos, como le pasó al del propio Leibniz. Sin embargo, arrojaron mucha luz sobre las investigaciones posteriores, incluso ya de tiempos recientes.

Los sensualistas

En el siglo XVIII hay, pues, dos líneas: una racionalista, de tinte cartesiano, que sigue a los de Port-Royal; y otra sensualista, de corte empirista, que sigue a Locke. En la primera se sitúan Du Marsais y Beauzée; en la segunda, Condillac y Diderot. Ambas corrientes confluyen en la *Enciclopedia*, que, aun cuando era más marcadamente sensualista, acoge artículos de Du Marsais y de Beauzée. Condillac trata la conexión del

¹⁰ W. G. Leibniz, *Dissertatio de arte combinatoria*, ed. C. I. Gerhardt, *Die philosophischen Schriften von G. W. Leibniz*, Berlín, Weidmann, 1875, vol. IV, pp. 27-102.

¹¹ U. Eco, *La búsqueda de la lengua perfecta*, Barcelona, Grijalbo-Mondadori, 1994, pp. 166 y ss.

pensamiento con el lenguaje y el origen de las lenguas. En cuanto a la conexión, se relacionan las ideas por virtud del habla, y nada más. En cuanto al origen, se buscan las más simples por análisis (descomposición y ordenación). El propio Lavoisier presentó su teoría química basado en el modelo condillaciano del lenguaje. Primero señaló que hay tres tipos de signo: naturales, accidentales e institucionales (como los humanos). Y después subsumió los institucionales en los artificiales. Quien hizo también un estudio interesante sobre el origen de las lenguas fue Rousseau.¹²

Constituyó la modernidad un tiempo duro para el ser, ya que se trató de hacer metafísica con el modelo del lenguaje, esto es, queriendo darle una univocidad que no tenía, y tratando de ajustarlo, a veces a fuerza, a esquematismos muy reduccionistas. Por eso ha habido tantas críticas a la metafísica monolítica y prepotente de la modernidad, que se considera el triunfo del ser sobre el lenguaje, cuando en realidad es a la inversa: la derrota del ser por el nombre, la cautividad de la metafísica por el nominalismo.

Época contemporánea

En la época contemporánea, desde el siglo XIX, son dos las escuelas de filosofía del lenguaje las que se han disputado la primacía. Una proviene del lógico norteamericano Charles Sanders Peirce y del lógico alemán Gottlob Frege, y es la llamada filosofía analítica; la otra procede de Ferdinand de Saussure, y es la escuela estructuralista. Ciertamente ha habido otras escuelas, como la fenomenológica, que han abordado el estudio del lenguaje, pero no han alcanzado la importancia que tuvieron esas dos.

Escuela estructuralista

Ferdinand de Saussure dictó un *Curso de lingüística general* que marcó la ciencia posterior. Fue recogido por algunos de sus alumnos, y publi-

¹² J. Derrida, "La lingüística de Rousseau", introducción a J. J. Rousseau, *Ensayo sobre el origen de las lenguas*, Buenos Aires, Calden, 1970, pp. 7-36.

cado por ellos. Allí distingue entre el significante y el significado, como aspectos del signo; el significante es la imagen acústica del signo lingüístico y el significado es la imagen del objeto designado. Del signo destaca su carácter arbitrario y su linealidad. También distingue entre lengua y habla; la primera es el sistema abstracto del que dispone el hablante, y el habla es la puesta en ejercicio de los elementos de ese sistema por parte del hablante particular. Aunque Saussure no usa la palabra *estructura*, es esta palabra *sistema* la que da inicio a la perspectiva estructuralista que surge con él. Igualmente distingue entre el polo sintagmático y el paradigmático, siendo el primero el que ve la linealidad de los signos, que se distinguen por relaciones de oposición, y el segundo el que considera las relaciones de asociación que tienen entre sí los significantes y los significados. Además, establece la distinción entre la perspectiva sincrónica y la diacrónica del análisis; la primera abstrae del tiempo, o se reduce a un segmento mínimo de él; la segunda toma en cuenta la evolución en el tiempo, y es la dimensión histórica.¹³ Muchas de las ideas de Ferdinand de Saussure desbordaron el ámbito de la lingüística e impregnaron las otras ciencias; en ellas la noción de estructura fue la más importante, por lo que su herencia fue llamada el estructuralismo.

En la línea estructuralista, pero modificando muchas cosas, trabajó en los años cincuenta Noam Chomsky, el cual promovió la lingüística generativo-transformacional. A diferencia de los otros estructuralistas, Chomsky da prioridad al habla sobre la lengua, esto es, a la actuación sobre la competencia, pensando que con un mínimo de elementos sistemáticos se puede hacer un número casi infinito de enunciados. Con ello también da mayor relevancia a lo diacrónico sobre lo sincrónico, aunque no sea más que por haber puesto en evidencia que la actuación de la competencia lingüística se da en el seno de una comunidad y ésta se encuentra ubicada en la historia.¹⁴

¹³ F. de Saussure, *Curso de lingüística general*, 3a. ed., México, Fontamara, 1988, pp. 42-43.

¹⁴ J. Searle, *La revolución de Chomsky en lingüística*, Barcelona, Anagrama, 1973, pp. 21 y ss.